

Colección Ariel

n.ºs 16-17

PRECIOS:

El número suelto 10 cénts.
La serie de cinco números . . . 50 »
La serie de diez números. . . . 1 colón
El abono se hace adelantado

PUBLICACIÓN ECONÓMICA

DE ESCOGIDA LITERATURA
INTERNACIONAL, ANTIGUA Y MODERNA
en folletos de 32 páginas
CASILLA 533

Al servicio de las ideas y de los ideales

✓ HOMERO

Episodios escogidos

de

LA ODISEA

Enero / Febrero

Este ejemplar vale 20 céntimos

San José, Costa Rica
IMPRENTA DE AVELINO ALSINA
1907

PUBLICACIONES RECIBIDAS

Ensayos dramáticos (1906) y *Bibliografía* (1907), Santo Domingo, de Américo Lugo. Leído está ya el último. Señalamos especialmente el estudio sobre *Los capítulos* de Montalvo y el titulado *Libros*. En ambos hay ideas y sinceridad. Hemos anotado en uno y otro brillantes párrafos que reproduciremos más tarde en esta COLECCIÓN.

Trofeos.—Nos. 10, 11, 12. Segunda serie. Bogotá, 1907. Es una excelente revista de poesía, crítica, historia, viajes, ciencias etc., etc., que redacta un grupo de intelectuales estudiosos de Colombia.—Agradecemos mucho el canje.

La Lectura.—Nos. 6 y 7, San Salvador. Revista de vulgarización de ideas á cargo de Alberto Masferrer.

Pace.—Nos. 16 y 19, Año V. Quincenal antimilitarista de Génova.

Verdade e Luz.—Nº 410, Año XVIII. Revista mensual de espiritualismo científico, publicada en San Paulo, Brazil, por un grupo de investigadores de la luz y de la verdad.

El Zoófilo Argentino.—Nº 37, Año IV. Buenos Aires. Organó de las sociedades protectoras de animales en la República Argentina.

Verdad.—Nº 2, II época. Santiago de Chile. Revista de Arte, Ciencia y Crítica.

Guayaquil Artístico.—Año VII. Nº 139. Revista de Artes, Letras, Ciencias y Variedades de Guayaquil, Ecuador.

PUBLICACIONES NACIONALES

Páginas Ilustradas y *El Foro*, últimos números.

Siempre daremos cuenta de toda publicación importante que se nos envíe á la casilla 533, San José de Costa Rica.

A las personas que se interesen por la prosperidad de ARIEL, les rogamos que lo den á conocer entre sus amigos. Pídanosenos ejemplares para la propaganda: los enviaremos con gusto.

COLECCIÓN ARIEL

N.os 16-17

✓ HOMERO

(Siglo X antes de Jesucristo)

Según la tradición, las dos célebres epopeyas (1) *La Iliada* y *La Odisea* serían la obra de un gran poeta griego llamado HOMERO, que habría vivido por el siglo X antes de Jesucristo. Pero nada sabemos de cierto ni del nacimiento ni de la vida de Homero. La leyenda lo representa en la figura de un viejo ciego, que errante de ciudad en ciudad, recitaba sus poemas á conjuntos de personas. Algunos eruditos han dudado de la existencia de Homero y han pretendido que *La Iliada* y *La Odisea* no fueron compuestas por un solo y mismo autor, sino que fueron más bien la obra colectiva de los edas ó cantores griegos. Parece imposible averiguar lo que hay de verdad en cuestiones tan delicadas y controvertidas. Según los críticos más autorizados, lo más probable es que haya habido un autor de *La Iliada*, otro de *La Odisea* y estos dos poemas, orales al principio, se modificaron en algunos de sus detalles, hasta el momento en que una comisión de sabios fijó el texto definitivo, hacia el siglo VI antes de Jesucristo. También puede hacerse esta otra suposición: un poeta ha compuesto primero una epopeya corta. Sobre esta compuso otro una segunda; sobre esta compuso otro una tercera, ampliándola y mejorándola, por supuesto, hasta que llegó un poeta de genio, Homero en este caso, y refundió en un solo molde el material poético que halló en su tiempo, dándole así una forma definitiva.

Sea lo que sea, seguimos el ejemplo de las generaciones pasadas, que durante 3000 años han atribuido á Homero estos dos admirables poemas, obras maestras de la epopeya.

La influencia de *La Iliada* y *La Odisea* ha sido muy grande. La literatura, la religión, el arte griego salen casi solo de Homero; en él se han inspirado ampliamente los escritores latinos y los modernos.

(1) La epopeya es el relato poético de algún acontecimiento notable para un pueblo.

EPISODIOS ESCOGIDOS DE “LA ODISEA” (*)

[*En La Odisea, Homero narra las aventuras de Ulises, rey de Itaca (1), el más ingenioso y el más elocuente de los griegos. Después de la Guerra de Troya, (2) por voluntad de los dioses, anduvo errante sobre los mares diez años, arrojado por las tempestades de país en país, hasta que por fin arribó un día á las playas de su patria, después de haber sufrido amarguras sin cuento.*]

Ulises y la princesa Nausica

[*Ulises permanece en la isla Ogigia en donde lo retiene cautivo, con gran disgusto del heroe, la graciosa ninfa Calipso que desea hacerlo inmortal como una deidad. Un día los dioses le ordenan que lo despida sin tardanza y Ulises se embarca solo en una almadía.*]

El poderoso dios que hace estremecer la tierra, (1) volvía de Etiopía, cuando de la cima de las montañas de los Solimes (2) apercibió de lejos á Ulises. Apenas le hubo visto, bogando en el mar, encendióse más y más en el fondo de su pecho, la cólera terrible, y dijo para sí, moviendo la cabeza: «Hola! los dioses han cambiado de parecer

(*) Esta vez nos limitamos apenas á dar extractos de *La Odisea*. En otra oportunidad haremos lo mismo con *La Iliada*. Deseamos contribuir con este pequeño esfuerzo y otros semejantes que haremos más tarde, á la difusión de la admirable literatura antigua entre nuestros lectores.

(1) *Itaca*, es una isla de Grecia en el mar Jónico.

(2) Guerra entre griegos y troyanos. Se verificó por el siglo XII antes de Jesucristo. Troya ó Ilión sucumbió incendiada después de un heroico sitio de diez años, Troya era una antigua ciudad situada en la costa del Asia Menor, frente á la isla de Lemos.

(1) Es *Neptuno*, dios de los mares y fuentes, adverso á Ulises y quien le ha proporcionado más padecimientos. Neptuno venía de recibir los grandes sacrificios de toros y corderos que le ofrecían los lejanos etíopes. El símbolo de su poder era un tridente ú horquilla de tres dientes.

(2) Antiguo pueblo de Licia.

respecto á Ulises mientras yo estaba en Etiopía! Se halla casi junto al país de los Feacios, en donde el destino ordena que acaben sus desgracias; pero quiero hacerlo sufrir mucho todavía.» A estas palabras juntó las nubes, y tomando el tridente enfureció la mar; escitó el sopro impetuoso de todos lo vientos á la vez; las nubes oscurecieron á un tiempo la tierra y el mar, y la noche se precipitó del cielo. Euro y Noto, Céfito de violento sopro, y Boreas hijo del éter, desencadenáronse juntos, levantando altísimas olas. Entonces vacilaron las rodillas de Ulises, desfalleció, suspiró y dijo: «Ah cuán desgraciado soy! Qué me sucederá? Temí que la Diosa Calipso me engañase al fin, al decirme que en el mar, antes de llegar á mi patria, apuraría la medida de todas las desgracias: y todo se cumple hoy. De qué nubes envuelve Júpiter (1) al cielo! Cómo ha desencadenado el ímpetu de todos vientos y enfurecido al mar! Mi completa perdición cierta es desde ahora! Mil veces dichosos los griegos que han perecido en la vasta Troya para complacer á los Atridas! (2) Que no haya yo espirado, que no se haya cumplido mi destino aquel día en que los troyanos hicieron llover en tropel sobre mí sus acerados dardos, alrededor del inanimado cuerpo de Aquiles! (3) Hubiera obtenido hermosos funerales y los griegos celebrarían mi gloria, mientras que ahora mi destino es sucumbir de una muerte deplorable.» Mientras hablaba, una grande ola, precipitándose con fuerza de lo alto, hizo dar un vuelco á la almadía. Ulises cayó fuera; escapósele el timón de las manos: un furioso huracán, causado por el choque de contrarios vientos, partió el mástil por la mitad, y la vela y la entena cayeron á lo lejos en el

(1) *Júpiter*.—El dios supremo, amo de dioses y hombres. Hijo del Tiempo (Saturno) y de Cibele, hermano de Neptuno. Presidía todos los fenómenos atmosféricos.

(2) *Los Atridas*.—Agamenón y Menelao, hijos de Atreo. Paris, hijo de Priamo, rey de Troya sedujo á Elena, esposa de Menelao, rey de Esparta, y se la llevó. Este rapto provocó la guerra. Agamenón capitaneó el ejército griego.

(3) Uno de los héroes griegos más distinguidos que asistieron á la Guerra de Troya.

mar. Ulises permaneció mucho tiempo sumergido en el agua, sin poder subir á la superficie: tan inmensas é impetuosas eran las olas, que le quitaban la ligereza los vestidos que le había dado la divina Calipso. Salió al fin, arrojando por la boca el agua amarga que corría de su cabeza. No obstante su gran angustia, no olvidó su almadía, y lanzándose en su persecución por entre las olas, asíóla y sentóse en el centro para escapar de la muerte, que es el fin de todas las cosas; y era llevado de un lado á otro por enormes olas. Como se ve en el otoño á Boreas, arrebatár á través de los campos un manojo de espinas entrelazadas, así mismo los vientos llevaban acá y acullá la almadía de Ulises á través del mar: tan pronto Noto se la daba á Boreas, lo mismo que un juguete, como Euro la abandonaba á las persecuciones de Céfiro.

En esto le vió la hija de Cadmo, Ino, la de lindos piés: Leucotea (1) era en otro tiempo una mortal de articulada voz, ahora habita en el seno de la mar, en donde participa de los honores de los dioses. Tuvo piedad de Ulises, errante y abrumado por los sufrimientos y salió volando del agua bajo la forma de cuervo marino; púsose sobre la flotante almadía, y díjole: «Infortunado, por que motivo Neptuno, dios que conmueve á la tierra, está tan furiosamente irritado contra tí, que te llena de peligros y te abruma de padecimientos? No te hará, sin embargo, perecer, por más que lo desee; pero haz lo que te diga (pues no me pareces desprovisto de juicio), quítate esos vestidos y abandona tu almadía a merced de los vientos: después, nadando, procura llegar al país de los Feacios, en donde tu destino te salvará. Toma este velo divino y cíñelo a tu pecho: y no temas ya sufrir ni morir. Luego, cuando hayas tocado tierra firme, quítatelo y arrójaló al sombrío mar, muy lejos de la ribera, volviendo la cara al otro lado.» Después de haber hablado así, le

(1) Perseguida por Atamas, su esposo, Ino se precipitó al mar con su hijo Melicerto, y fué recibida en el número de las divinidades del mar, bajo el nombre de Leucotea.

dió el velo y entró en el seno del agitado mar, bajo la forma de un cuervo marino, desapareciendo debajo de una ola negra. Sin embargo, el divino y paciente Ulises vaciló, y suspirando dijo: «Ay de mí! temo que esta divinidad maquine contra mí alguna nueva perfidia, obligándome á abandonar mi almadía. Pero no obedeceré aun, pues he apercibido á lo lejos la tierra, en donde debo, según parece, encontrar un refugio. He aquí lo que haré y me parece el mejor partido. Mientras las planchas de la almadía estén sólidamente unidas, permaneceré aquí y soportaré con paciencia mis sufrimientos; pero cuando las olas las hayan desunido, me arrojaré al agua: pues no veo otro partido mejor.» Mientras estos pensamientos se deslizaban en su corazón y en su mente, Neptuno, el dios que hace estremecer á la tierra, levantó una ola inmensa, espantosa, terrible y enorme que arrastró á Ulises; y así como el impetuoso viento arrastra un remolino de ligeras pajas, dispersándolas, así dispersó la ola las largas planchas de la almadía. Entonces Ulises cabalgó en un madero dirigiéndolo como se hace con un caballo de silla. Luego quitóse los vestidos que le había dado la divina Calipso, y apresuróse á ceñirse el velo de Leucotea: lanzóse al mar, con la cabeza levantada, estendiendo las dos manos y nadando con ardor. El poderoso Neptuno que lo vió, sacudió la cabeza y dijo en su interior: «Vaga así ahora sobre las olas, después de haber sufrido mil padecimientos, hasta que llegues al país de los hombres, hijos de Júpiter. Creo no te quejarás de no haber sufrido.» Entre tanto, Minerva, (1) hija de Júpiter, concebía otro designio. En efecto, detuvo el ímpetu de los demás vientos y ordenó que se calmaran y adormecieran, pero soltó al rápido Boreas y aquietó las olas ante el noble Ulises, hasta que hubo llegado al país de los Feacios, amigos del remo, después de haber escapado de la muerte y de las

(1) *Minerva*.—(Atenea entre los griegos) era la diosa protectora de Ulises. Minerva era la diosa de la inteligencia y de la sabiduría: era la protectora de la ciudad de Atenas á quien dió su nombre y quien le erigió un templo magnífico, el Partenón.

Parcas. (1) El héroe fué llevado sobre las amontonadas olas, durante dos días y dos noches, sin esperanza; y muy a menudo, su corazón abrigó el presentimiento de la muerte. Pero cuando al fin la Aurora, de hermosas trenzas, iluminó el tercer día, el viento cesó al punto y una calma completa reinó en el mar: entonces Ulises levantado por una grande ola, y mirando con mucha atención hacia adelante, apercibió la tierra á poca distancia, como los niños saludan con alegría la convalecencia de su padre que yacía enfermo, presa de crueles dolores y consumido desde mucho tiempo por el sufrimiento. Una divinidad funesta se había conjurado contra él: pero al fin, los dioses, con gran alegría suya, le habían libertado del infortunio. Asimismo aparecieron á su vista, trasportándole de alegría, la tierra y los bosques. Nadaba, empleando todas sus fuerzas para alcanzar tierra firme; pero cuando no estaba á más distancia que la en que se percibe la voz, oyó el sordo ruido del mar al estrellarse en las rocas. La oleada inmensa retumbaba estrellándose con fuerza contra la escarpada ribera á la que cubría de amargosa espuma. Efectivamente, no había puertos, refugio de los buques, ni radas seguras; sino por todas partes escarpadas costas, escollos y rocas. Faltáronle á Ulises el corazón y las fuerzas: suspiró y dijo en el fondo de su magnánimo pecho: «Ay de mí! cuando Júpiter permite que divise la suspirada tierra, y acabo de surcar ese inmenso abismo, no encuentro ningún paraje para salir de la espumosa mar. Delante de mí se levantan agudos peñascos, y a su alrededor gimen las impetuosas olas y la roca se estiende en lontananza sin asperezas. La mar que baña la ribera es profunda: es imposible tenerse en pie y escapar á la muerte. Temo, si avanzo, que las inmensas olas me arrojen arrastrándome contra la desnuda roca y que sean vanos mis esfuerzos: y si continuo nadando más lejos aún en busca de una playa de

(1) *Las Parcas*.—Tres divinidades hermanas y viejas. Una hilaba, otra devanaba y otra cortaba el hilo de la vida del hombre.

suave declive, de un puerto tranquilo, temo que la tempestad me envuelva y me arroje rugiendo al emponzoñado mar. Quizá una divinidad lanzará contra mí, del seno de las ondas, uno de estos monstruos marinos que alimenta en gran número la ilustre Anfitrite, (1) pues sé que el ilustre Neptuno está furioso contra mí.» Mientras así meditaba, una ola enorme arrojóle sobre la áspera ribera. Entonces se hubiera hecho pedazos si Minerva, la diosa de brillantes ojos, no le hubiese inspirado. Lanzóse y se asió á la roca, en la que se sostuvo gimiendo hasta que la ola inmensa hubo pasado. Así se libró del golpe: pero la ola, refluyendo, le hirió de nuevo y le arrojó al mar, muy lejos de la costa. A la manera que á los palpos de un pólipo, arrancado de su gruta, se adhieren numerosos guijarros, así las audaces manos de Ulises, desgarradas por la roca, dejaron en ella su epidermis; y la ola inmensa volvió á cubrirle.

Sin duda entonces el desdichado Ulises hubiera perecido, á pesar del destino, si Minerva, la de de brillantes ojos, no le hubiera infundido serenidad. Sacando la cabeza fuera de las olas, que se estrellaban contra la ribera, nadó á lo largo de las rocas, los ojos vueltos hacia la tierra, para buscar una playa de declive suave y un puerto tranquilo. Al fin, á fuerza de nadar, llegó á la embocadura de un río, de aguas cristalinas: el lugar parecióle excelente, desprovisto de rocas y abrigado del viento: reconoció la embocadura de un río y dirigióle interiormente esta plegaria: «Escúchame, oh dios, cualquiera que seas: llego á tí, á quien con ardientes votos yo llamaba, huyendo del mar y de las iras de Neptuno. Debe ser respetable hasta para los dioses inmortales el hombre fugitivo que lo invoca. Por esto, en este momento, entro en tu lecho y me abrazo á tus rodillas después de haber sufrido tantos males. Dios, apiádate de mí; me vanaglorio de suplicarte.» El río suspendió su curso, detuvo las olas,

(1) *Anfitrite*.—Diosa del mar, hija del Océano ó Nereo. Neptuno estuvo bien enamorado de ella.

hizo reinar la calma y lo condujo sano y salvo á la embocadura. El héroe cesó de tender sus rodillas y sus vigorosos brazos, pues el mar había agotado sus fuerzas; tenía todo el cuerpo hinchado y la amarga ola brotaba abundante de su boca y nariz; quedó sin respiración, sin voz y casi inanimado, sucumbiendo á un horrible cansancio. Pero cuando hubo recobrado el aliento y los sentidos, quitóse el velo de la diosa, y arrojólo al agua salada: una inmensa ola arrastrólo en la corriente y lo condujo rápidamente á las manos de Ino. Ulises, abandonando el río, ocultóse en los juncos: besó la hospitalaria tierra, y suspirando dijo en su interior: «Cuán desgraciado soy! qué haré, qué será de mí? Si paso la inquieta noche cerca del río, temo que el crudo frío y el tierno rocío acabarán juntos de quitarme la vida, en mi estado de debilidad: fría es la brisa que sopla del río antes de que la Aurora asome en el Oriente. Y si trepo á la colina y entrando en aquel espeso bosque me tiendo debajo de sus frondosos sotos é intento, insensible al frío y á la fatiga, gustar las dulzuras del sueño, temo ser presa y pasto de las bestias salvajes.» Después de haberlo meditado, le pareció este último partido el mejor. Tomó pues el sendero del bosque que encontró cerca del río en una altura, refugióse bajo dos arbustos nacidos en el mismo sitio, que eran dos olivos, uno silvestre y el otro no injertado; ni los vientos de húmedo soplo, ni los rayos ardientes del sol los penetraban, ni la lluvia los atravesaba jamás: tan tupidos y entrelazados habían crecido. Ulises, después de haberse refugiado bajo estos árboles, hízose al punto un lecho de hojarasca; pues había allí muchas hojas, las bastantes para cubrir dos ó tres hombres, aun en lo más riguroso del invierno. Esto alegró al divino y paciente Ulises; acostóse en medio de las hojas y cubrió todo su cuerpo. Como el hombre que habita en una campiña aislada lejos de toda vecindad, pone un tizón debajo la negra ceniza para conservar el germen del fuego que no podría encender en otro lugar, así Ulises ocultóse debajo de las hojas. Minerva de-

ramó el sueño sobre los ojos del héroe y veló sus párpados, para poner más pronto un término á sus crueles fatigas.

(Canto V)

[*El país á que acaba de llegar Ulises es la isla de los Feacios, gobernada por el «magnánimo» Alcinoo.*]

Minerva, la diosa de brillantes ojos, entró en el palacio de este rey para procurar el regreso del prudente Ulises. Entró en la magnífica cámara donde dormía la hija del magnánimo Alcinoo, la joven Nausica, parecida á los Inmortales en la figura y en la fisonomía: dos esclavas que habían recibido la hermosura de las Gracias, (1) dormían á los lados de la puerta, cuyas ricas alas estaban cerradas. La diosa penetró hasta el lecho de la joven como el soplo del viento: detúvose encima de su cabeza, y tomando la figura de la hija del ilustre marino Dima, que era de la misma edad, y á quien amaba tiernamente, le dirigió la palabra. Bajo esta forma prestada, Minerva, la de brillantes ojos le dijo: «Nausica, por qué te ha creado tu madre tan perezosa? Dejas abandonados tus espléndidos vestidos. Se acerca el día de tu matrimonio, en el que habrás de lucir hermosas galas y suministrarlas á las que te acompañarán hasta la morada de tu esposo: así adquirirás una buena reputación entre los hombres y alegrarás á tus venerables padres. Pues ea, vamos á lavar cuando aparezca la Aurora: te acompañaré y te ayudaré á trabajar para que hagas cuanto antes los preparativos, pues no continuarás soltera por mucho tiempo. Te solicitan por esposa los principales entre los Feacios, porque es ilustre tu nacimiento. Así, pues, excita á tu noble padre á que te prepare antes del día las mulas y el carro para transportar los cinturones, los velos y los brillan-

(1) Tres divinidades, compañeras de Venus. Personificaban lo que hay de más seductor en la belleza.

tes abrigos. Es más conveniente que vayas en carroza que á pie, pues el río está muy lejos de la ciudad.» Después volvió Minerva, la de brillantes ojos, al Olimpo, (1) en donde, según dicen, tienen los dioses su inviolable morada: ni la agitan los vientos nunca, ni la lluvia la moja, ni la nieve la cubre: en ella circula el aire puro y sin nubes, y una brillante luz la circunda: los afortunados dioses gozan de una felicidad eterna. Allí volvió la diosa de brillantes ojos, después de haber aconsejado á la joven.

Luego que apareció la Aurora en su hermoso trono, hizo levantar á la bella Nausica. Admirada del sueño que había tenido, apresuróse á atravesar el palacio para dar parte á sus padres: encontrólos en su departamento. La reina sentada cerca del hogar, en medio de sus doncellas, hilaba lana teñida de púrpura: á su padre encontrólo en el umbral, iba á buscar á los ilustres reyes, para el concejo á que le llamaban los nobles Feacios. Acercóse á su padre querido y díjole: «Queréis prepararme, padre mío, una alta carroza provista de buenas ruedas, para que lleve á lavar al río los ricos vestidos que he ensuciado y he desechado? También conviene que tú llesves limpios vestidos, cuando te sientas en las asambleas con los principales del pueblo: luego, tienes cinco hijos en tu palacio: dos se han casado, pero los otros tres se hallan en la flor de la juventud y no quieren ir á bailar sino con vestidos recientemente lavados: y á mí me conciernen todos estos cuidados.» No se atrevió, empero, á pronunciar el nombre de su joven prometido, delante de su padre, pero Alcinoo, que todo lo comprendía, le respondió: «No te rehusaré, hija mía, ni mulas ni cosa alguna: mis servidores te prepararán un carro alto provisto de hermosas ruedas y de sólida caja.» Dió después sus órdenes á sus servidores, que se apresuraron á obedecerlas. Y al punto sacaron fuera y prepararon el carro de hermosas

(1) *Olimpo*, montaña de Tesalia, endonde los antiguos colocaron la residencia de los dioses.

ruedas, condujeron las mulas y las uncieron. La joven sacó de su cámara los brillantes vestidos y colocólos en el elegante vehículo. Su madre puso en una canastilla manjares diversos, propios para excitar el apetito, así como viandas cocidas; llenó de vino una odre de piel de cabra, y al subir la joven á la carroza, dióle límpido aceite en una botellita de oro, para perfumarse ella y las doncellas de su servidumbre. Nausica empuñó el látigo y las brillantes riendas y dió á las mulas un latigazo, cuyo chasquido se oyó por algún tiempo: ellas empezaron á correr con ardor llevando los vestidos y á Nausica, que no iba sola, pues la acompañaban sus doncellas. Cuando hubieron llegado á la orilla del cristalino río, en el lugar en donde había lavaderos siempre llenos, y corría en abundancia una agua límpida propia para limpiar los vestidos más sucios, desataron las mulas del carro y las soltaron á lo largo del río, lleno de remolinos, para que pacieran en el delicioso césped: luego, sacando los vestidos del carro, los metieron en el agua profunda, y los restregaron con los pies en los depósitos, rivalizando en celo y actividad. Cuando los hubieron lavado y desaparecido todas las manchas, colocáronlos en orden á la orilla del mar, en un lugar cubierto de pequeños guijarros, que las olas lavaban con más frecuencia, al estrellarse en la playa. En seguida, después de haberse bañado y frotado con aceite, comieron á la orilla del río mientras los vestidos se secaban al sol. Cuando Nausica y sus doncellas hubieron satisfecho su apetito, quitáronse los velos y jugaron á la pelota, siendo Nausica, la de los brazos blancos, la que dirigía el juego. Como se ve correr en la cima del árido Taigeto (1), ó en la del Erimanto (2) á Diana (3), cazadora feliz, persiguiendo á los javalíes y á los veloces ciervos,

(1) Montaña de Laconia.

(2) Montaña situada en los confines de Arcadia y de Elida.

(3) *Diana*, hija de Júpiter y de Latona. Era la diosa de la Luna, de la caza. Se creía que las mujeres, cuando morían repentinamente, eran heridas por Diana. Diana era una de las diosas más bellas.

jugando con ella las ninfas campestres, hijas de Júpiter, portador de la égida (1), rebosando alegría el corazón de Latona, divisándose y distinguiéndose siempre á Diana, entre todas sus compañeras, por bellas que sean: así aquella casta virgen se distinguía entre las doncellas de su servidumbre.

Cuando Nausica se disponía para volver á su palacio, después de haber atado las mulas y plegado los ricos vestidos, Minerva, la diosa de brillantes ojos, concibió otro pensamiento para que Ulises se despertara y viese á la joven de bellos ojos que debía conducirlo á la ciudad de los Feacios. En tal momento, Nausica arrojó la pelota á una de sus doncellas: erró el golpe, cayó á la rápida corriente, y todas dieron un fuerte grito. El divino Ulises despertóse y sentóse asaltado por miles de pensamientos: «Cuán desgraciado soy! Cuáles serán los habitantes de esta región? Serán hombres violentos, salvajes é injustos, ó serán hospitalarios y habrá penetrado en su corazón el temor á los dioses? Voces de varias jóvenes han herido mis oídos, semejantes á las de las ninfas que habitan en las cimas elevadas de las montañas, las corrientes de los ríos y las herbosas praderas. Tal vez me hallo en el país de hombres de articulada voz. Ea, me voy á convencer por mis propios ojos.» A estas palabras el divino Ulises se deslizó fuera del bosque y con su vigorosa mano cortó una rama tupida, tomada en el espeso bosque, para cubrir su cuerpo y velar su desnudez. Avanzó como anda el león alimentado en las montañas y confiado en su fuerza, después de haber sufrido los vientos y las lluvias, y con los ojos inflamados se lanza sobre los bueyes, ó sobre las ovejas, ó corre tras de los ciervos salvajes, incitado por el hambre á tentar un ataque contra las bestias y aún á penetrar en sus madrigueras: así Ulises en toda su desnudez, y obligado por la

(1) Era la piel de la célebre cabra Amaltea, que cubría como un escudo el brazo izquierdo ó iba ceñida al cuerpo como una coraza. La égida era un distintivo de Júpiter y de Minerva.

necesidad iba á mezclarse entre aquellas jóvenes de hermosas trenzas.

Aparecióseles horrible y desfigurado por las amargas olas, haciéndolas huir espantadas en todas direcciones, hacia las más altas riberas. Solamente quedóse la hija de Alcino, pues Minerva le había infundido energía y habíale alejado el terror de sus miembros. Permaneció, pues, inmóvil, y Ulises meditó si suplicaría á la joven de hermosas trenzas postrándose á sus pies, ó si á distancia y sin acercarse le dirigiría palabras dulces suplicándole que le guiara á la ciudad y le proporcionara vestidos. El partido que le pareció mejor, después de reflexionar, fué el de suplicarle á alguna distancia por medio de buenas palabras, temeroso de que la joven se encolerizara si se postraba á sus pies. En seguida dirigióle este lenguaje lisonjero é insinuante: «A tí te imploro, oh reina, ya seas diosa, ya seas mortal. Si es que eres una de las diosas que moran en el vasto cielo, debo compararte á Diana, la hija del gran Júpiter, pues te pareces mucho á ella en las formas, en la figura y en la majestad. Si eres una de las mortales que habitan en la tierra, ah! cuán dichosos deben de ser tu padre y tu madre y tus hermanos. Su corazón sin duda rebosa alegría al verte, tan joven, entrar en los coros de la danza, pero más dichoso aun entre todos el esposo que, después de haberte ofrecido los más ricos presentes, te conducirá á su morada. Mis ojos nunca han visto entre los mortales, hombre ni mujer que se te pareciera: estoy lleno de admiración al mirarte. Una vez en Delos (1), cerca del altar de Apolo, ví elevarse á un joven retoño de palmera (pues yo iba á aquella isla y una numerosa armada me seguía en este viaje que debía ser para mí manantial de crueles desdichas): á su vista como en tu presencia mi corazón permaneció mucho tiempo estático de admiración, pues jamás un tallo

(1) Isla del mar Egeo. Apolo y Diana allí habían nacido. Apolo, dios del sol y de la luz, hijo de Júpiter y de Latona, hermano de Diana, dios de las artes, letras y medicina.

semejante había brotado de la tierra. Asimismo, oh mujer, me llenas de admiración y de sorpresa, y temo abrazar tus rodillas. Entre tanto, cruel desesperación me abrumba: ayer, después de veinte días, he escapado del mar sombrío, en donde las olas y los impetuosos vientos no habían cesado de arrastrarme desde que salí de la isla Ogigia. Una divinidad me ha arrojado á estas costas, sin duda para afligirme con nuevas desdichas, porque creo no dejaré de sufrir, y que los dioses me reservan todavía muchas pruebas. Apiádate, pues, de mí, oh reina, ya que después de tantos sufrimientos eres tú la primera á quien me acerco: no conozco á ninguno de los habitantes de estos países. Indícame la ciudad y dame un pedazo de tela para cubrirme, si es que has traído algo para envolver tus vestidos. Que los dioses escuchen todos los votos que formas en tu corazón, que te den un esposo, una familia y dulce armonía: pues no hay suerte mejor ni más dichosa que la de dos esposos que gobiernan la casa con unidad de miras; esta unión constituye la desesperación de los enemigos y la alegría de los amigos: y son ellos, sobre todo, los que experimentan los efectos.»

«Estranjero, contestóle Nausica, la de blancos brazos, ya que no pareces de linaje vulgar, ni desprovisto de juicio, á Júpiter Olímpico le toca distribuir la dicha á los mortales, buenos y malos, á cada cual como le place. Si es esa la porción que te ha tocado, debes conformarte. Hoy que has llegado á nuestro país, no te faltarán ni vestidos ni todos los demás auxilios que un infortunado que suplica tiene derecho á esperar. Voy á indicarte la ciudad y á decirte el nombre del pueblo. Los Feacios ocupan esta comarca; yo soy la hija del magnánimo Alcino, en cuyas manos reside el poder y la fuerza.» Y dirigiéndose á sus doncellas, de hermosas trenzas, dióles esta orden: «Deteneos; por qué huís á la vista de este mortal? Creéis acaso que es algún enemigo? No ha nacido para vivir, no podría tampoco nacer el mortal que viese á traer la destrucción á la tierra de los Feacios, pues son muy queridos de los Inmortales:

habitamos una isla separada que baten las olas del mar en los confines del mundo, y ningún otro pueblo tiene relaciones con nosotros. Este hombre es un desgraciado á quien la desdicha ha arrojado á nuestras playas, es menester cuidarlo por lo pronto, porque todos los extranjeros y mendigos vienen de parte de Júpiter: el don más insignificante regocija su corazón. Ea, doncellas, dadle de comer y de beber: lavadlo en el río en un paraje al abrigo del viento.» Detuviéronse las doncellas y se animaron unas á otras. Condujeron á Ulises á un lugar cubierto como lo había ordenado Nausica, la hija del magnánimo Alcino: colocaron cerca de él un manto y una túnica para vestirse, le dieron límpido aceite en una botellita de oro, y le invitaron á bañarse en la corriente del río. Entonces el divino Ulises dirigió la palabra á las doncellas: «Mujeres, alejaos un poco: dejadme que me lave solo la espuma que mancha mis espaldas, y que me frote con aceite, pues hace tiempo que la esencia no ha tocado mi cuerpo. Pero no podría lavarme en vuestra presencia, porque me avergüenzo de aparecer desnudo delante de las jóvenes de hermosas trenzas.» Las doncellas se alejaron y repitieron sus palabras á Nausica. Entre tanto el divino Ulises lavó con agua del río la espuma que cubría su espalda y sus anchos hombros; luego enjugó su cabeza manchada por el infecundo mar. Cuando hubo lavado su cuerpo y untádolo con aceite, se puso los vestidos que le había dado la casta virgen. Minerva, descendiente de Júpiter, prestóle una figura más alta y majestuosa, y de su cabeza hizo descender una espesa cabellera parecida á la flor del jacinto. Como un hábil obrero, al cual Vulcano (1) y Palas-Minerva han iniciado en todos los secretos de su arte, hace correr oro alrededor de la plata y ejecuta obras primorosas, así Minerva esparció la gracia en la cabeza y espaldas de Ulises. Enseguida sentóse á alguna distancia

(1) *Vulcano*, dios del fuego, de los volcanes y herreros, hijo de Júpiter y esposo de Venus.

en la orilla del mar, resplandeciente de belleza y de gracias: la joven contemplólo con admiración y dijo, dirigiéndose á sus doncellas, las de bellas trenzas: «Escuchad, doncellas de blancos brazos, lo que voy á deciros. No es contra la voluntad de los dioses del Olimpo, como este extranjero ha venido al país de los Feacios, sus semejantes. Al principio me ha parecido no ser más que un hombre vulgar, pero ahora se parece á los dioses que moran en el inmenso cielo. Encontraré en estos lugares un esposo como él? Si pudiese quedarse en este país! Pero dadle de beber y de comer.» Dijo; y las doncellas, dóciles á su mandato, le obedecieron. Colocaron al lado de Ulises algunos manjares y bebidas. Entonces el divino Ulises comió y bebió con avidez, pues hacía mucho tiempo que no había tomado alimento alguno.

En tanto, Nausica, de blancos brazos, se ocupaba de otros cuidados. Cuando estuvieron los vestidos plegados y colocados en el hermoso carro, unció las mulas de fuerte pezuña y subió. Luego, animando á Ulises, tomó la palabra y le dijo: «Levántate ahora, extranjero, y vamos á la ciudad para que te conduzca al palacio de mi ilustre padre, en donde verás, según creo, á los principales Feacios. Pero escucha lo que has de hacer (pues no me pareces desprovisto de juicio) mientras atravesamos los campos y las tierras cultivadas, marcha con rápido paso, con mis doncellas, detrás del carro, yo te enseñaré el camino. En seguida entraremos en la ciudad: una elevada muralla la rodea, y á cada lado se abre un hermoso puerto: la entrada es estrecha y está llena de anchos navíos, pues los Feacios tienen todos un refugio particular para sus buques. Hay también en la ciudad, cerca de un hermoso templo de Neptuno, una plaza pública con pavimento de piedras labradas, encajadas en el suelo: allí trabajan los Feacios en la construcción de los negros navíos, de los cables, velas y pulimento de los remos. Pues los Feacios no se cuidan del arco ni del carcaj, sino de los mástiles, remos y buques bien acondicionados, en los cuales recorren gozosos el espu-

moso mar. Temo, no obstante, su maledicencia y que alguno se chancee por detrás, (que no faltan insolentes entre el pueblo). Si algún vil entre ellos nos encontrara, podría decir: «Quién es ese extranjero tan alto y hermoso que sigue á Nausica? En donde lo ha encontrado? Será sin duda su esposo. Puede que sea un extranjero extraviado en el mar, y á quien ella ha sacado de su navío, pues no tenemos vecinos, ó acaso un dios que ha tiempo invocaba y á su súplica ha descendido del Olimpo para no abandonarla jamás. Tanto mejor si en sus paseos, ha encontrado un esposo que no es de aquí, pues desprecia sin duda á los numerosos y nobles pretendientes Feacios, que aspiran á su mano.» He aquí lo que dirían, y esta suposiciones cubriríanme de vergüenza: yo misma criticaría á la mujer que se condujera así, y que sin el consentimiento de sus queridos padres, frecuentara los hombres antes de casarse públicamente. Fíjate, pues, extranjero, en mis palabras, para que puedas obtener cuanto antes de mi padre los medios para volverte. Encontrarás cerca del camino un bosque encantador de álamos blancos, consagrado á Minerva: una fuente corre en este bosque, y una pradera lo rodea. Allí mismo tiene mi padre un campo reservado y un verde jardín, que están muy cerca de la ciudad. Detente en este lugar y espera hasta que hayamos entrado en ella, y hayamos llegado al palacio de mi padre. Cuando supongas que ya hemos llegado, dirígete hacia la ciudad de los Feacios y pregunta por el palacio de mi padre el magnánimo Alcinoo. Es muy fácil averiguar cual es; un niño te conduciría, pues las moradas de los Feacios en nada se parecen absolutamente á la de Alcinoo. Pero cuando hayas llegado al palacio y entrado en el patio, apresúrate á atravesar el salón (1) hasta que hayas llegado ante mi madre: está sentada cerca del hogar y apoyada en una columna, hilando á la luz de la llama, una lana de púrpura de maravillosa belle-

(1) En esta sala, situada en el centro de la casa, era donde se reunían y comían los hombres.

za: sus doncellas están sentadas detrás de ella. Luego se ve, cercano al hogar, el trono en donde mi padre está sentado y bebe vino, como uno de los Inmortales. Sin detenerte con él, corre y abraza las rodillas de mi madre, si quieres alcanzar el placer de volver muy pronto á tu patria, por lejana que esté. Si su corazón se anima en tu favor y sabes despertar sus sentimientos generosos, ten esperanza de ver nuevamente á tus amigos y de pisar nuevamente los umbrales de tu casa levantada en el suelo de tu patria.»

Después de haber hablado así, empuñó el reluciente látigo y golpeó á las mulas que se alejaron rápidamente de las orillas del río: levantando alternativamente al correr, los pies, con suma gracia. Nausica gobernábala hábilmente y las conducía de modo que sus doncellas y Ulises pudieran seguir el carro. A la puesta del sol llegaron al famoso bosque consagrado á Minerva: el divino Ulises se detuvo en este lugar é invocó enseguida á la hija del gran Júpiter: «Escúchame, hija de Júpiter, portadora de la égida, indomable Minerva. Oyeme en este momento, aunque no me hayas oído ha poco en mi desesperación, cuando era el juguete del ilustre Neptuno. Concédeme la gracia de que encuentre en los Feacios benevolencia y piedad.»

(Canto VI)

[*Segue Ulises los consejos de Nausica y recibe del rey Alcinoos y de la reina Arete la hospitalidad más generosa y cordial. Alcinoos le promete conducirle á su patria; los Feacios lo abruma á regalos magníficos y en la plaza pública organizan juegos en su honor. El día antes de partir, Ulises de nuevo ve á Nausica quien le dirige una última palabra de adiós.*]

Nausica que había recibido de los dioses la belleza, estaba cerca de la sólida puerta de la sala. Al ver á Ulises sobrecogióse de admiración, y

alzando la voz dirigióle estas amables palabras: «Salve, extranjero! cuando hayas regresado á tu patria, acuérdate de mí; pues á mí, más que á nadie, debes tu salvación.» «Nausica, hija del magnánimo Alcino, contestó el ingenioso Ulises, quiera Júpiter, el tonante esposo de Juno, que vuelva á mi patria y que no esté lejos el día del regreso. Entonces desde allí te invocaré como una divinidad todos los días de mi vida, pues te soy deudor de la vida.» (1)

Polifemo

[*A instancias de Alcino, Ulises cuenta las aventuras que ha corrido.—Una de las que más revelan su ingenio es la del gigante Polifemo.*]

Cuando llegamos al país de los Cíclopes, (2) que estaba muy cercano, vimos en el sitio mas apartado, cerca del mar, una gruta elevada cubierta de laureles; allí reposaba un tropel de rebaños, ovejas y cabras. Al rededor había un patio espacioso, edificado con piedras enclavadas en el suelo y cercado por grandes pinos y encinas de frondoso follaje. En aquella gruta había un hombre de estatura gigantesca, que apacentaba solo sus rebaños, lejos de los demas Cíclopes, a los que no frecuentaba, sin conocer en su aislamiento, mas que la injusticia. Era un monstruo peligroso, que no se parecía a los hombres que se alimentan de trigo, sino a la leñosa cima de una de esas altas montañas que se ven sobresalir en-

(1) La figura de Nausica es una de las más encantadoras que nos ofrece la poesía de todos los tiempos. En ella encontramos reunidas todas las cualidades y virtudes que puede poseer una señorita cumplida: hermosura, gracia, bondad, rectitud y pureza de sentimientos, buen juicio, carácter á la vez serio y jovial, pudor delicado y reservado sin hipocresía, respeto cariñoso por sus padres, viva preocupación por los quehaceres domésticos. (Maurellet y Capdeville: *Vers l'Idéal laïque et Républicain.*)

(2) Gigantes monstruos, servidores de Vulcano, según la leyenda, Piratas y primitivos habitantes de Sicilia, según la historia.

tre todas las otras. Entonces supliqué al resto de mis fieles compañeros que permanecieran allí cerca del navío para guardarlo, y escogiendo doce hombres decididos, avancé, llevando una odre de piel de cabra llena de delicioso vino tinto y una alforja repleta de víveres, pues mi generoso corazón, presentía que había de encontrar un hombre, dotado de una gran fuerza salvaje, que no reconocería la justicia ni las leyes. Al poco rato llegamos al antro, pero no lo encontramos, pues había ido a apacentar sus grandes rebaños. Entramos en la gruta, y la admiramos detalladamente. Había cañizos cargados de quesos. Las cuadras estaban llenas de corderos y cabritos separados en distintos grupos; en un lado había los mas viejos, en otro los de edad mediana; y en otra parte los mas jóvenes. Todos los vasos rebosaban suero y veíanse preparadas las horterías y barreños para ordeñar sus ganados. Me rogaron mis compañeros que volviera al punto, llevándome algunos quesos; querían a toda prisa trasladar de las cuadras al rápido buque, cabras y corderos, y navegar en seguida sobre las amargas olas. Pero yo no quise, y hubiera sido, sin embargo, lo mejor; sentía curiosidad por ver al Cíclope y saber si me ofrecería los dones de la hospitalidad. Su presencia, empero, no debía ser agradable a mis compañeros. Encendimos fuego y ofrecimos un sacrificio a los dioses; luego comimos queso y esperamos sentados en la gruta, a que el Cíclope volviera de apacentar los rebaños. Llegó éste llevando una enorme carga de leña seca para preparar su cena. Dejóla fuera de su antro, é hizo al caer tanto ruido, que nos escondimos asustados en el fondo de la caverna. Colocó luego en la vasta gruta todas las gruesas ovejas que había de ordeñar, y dejó en la puerta fuera de la ancha cuadra, a todos los machos, carneros y moruecos (1). Entonces levantó y colocó en la entrada una piedra tan pesada y enorme, que no la hubieran podido arrancar del suelo,

(1) *Moruecos* son los carneros destinados para la reproducción.

veintidós sólidos carros de cuatro ruedas; tan grande era el pedazo de roca con el cual cerró su caverna. Sentóse y se puso a ordeñar con cuidado las ovejas y las baladoras cabras, y suspendió un pequeñito en las mamas de cada una. En seguida hizo cuajar la mitad de la leche, resplandeciente de blancura, recogióla y colocóla en canastillas de junco, vertió la otra mitad en vasos para beberla en seguida, haciendo de esto su cena. Cuando dió fin a estas tareas, encendió fuego, se aperció de nosotros y nos interrogó: «Estranjeros, quiénes sois? De dónde venís a través de las húmedas llanuras? Os conduce algún asunto determinado, ó errais a la ventura como los piratas en el mar, que esponen su vida y llevan la desdicha a los extranjeros?» Al oírle, nuestro corazón se estremeció, tan terrible era su voz y horroroso su aspecto. No obstante, yo le contesté diciendo: «Somos griegos que venimos de Troya, y a quienes los vientos contrarios han estraviado por el inmenso abismo del mar cuando volvíamos a nuestra patria haciéndonos equivocar el camino, y seguir otra dirección; sin duda Júpiter lo ha decretado así. Nos vanagloriamos de ser los soldados de Agamenon, hijo de Atrea, cuya gloria inmensa se eleva ahora hasta el cielo, pues ha destruído una gran ciudad y destrozado numerosos pueblos. Abrazamos tus rodillas, y te suplicamos nos ofrezcas los dones de la hospitalidad. Haznos al menos algún presente, como se acostumbra con los extranjeros. Ea, poderoso héroe, respeta a los dioses, te lo suplicamos: el hospitalario Júpiter es el vengador de los que suplican y de los respetables extranjeros, a quienes acompaña.» «Es preciso que seas loco, extranjero, me contestó con fiereza, ó que vengas de muy lejos para que me supliques que tema ó que respete a los dioses. Has de saber que los Cíclopes no se cuidan de Júpiter portador de la égida, ni de los bienaventurados dioses: porque somos muy superiores a ellos. No sería, por cierto, para evitar la cólera de Júpiter, por lo que te escaparías de mí, con

tus compañeros, si mi corazón no me obligara a hacerlo. Pero dime, en dónde has dejado tu sólido navío? en la estremidad de la isla ó cerca de aquí? es preciso que lo sepa.» Hablaba así para engañarme pero mi astucia no se dejó engañar. Lejos de esto, respondíle con estas artificiosas palabras: «Neptuno que estremece la tierra, ha hecho pedazos mi navío, arrojándolo contra las rocas en los confines de vuestro país; lo ha hecho chocar contra una peña saliente, y el viento que silbaba en el mar, se ha llevado los despojos, habiendo escapado de la muerte, con los hombres que ves en tu presencia.» Nada me contestó; pero hombre sin corazón, dió un salto, puso la mano encima de mis compañeros, cogió dos, los arrojó contra el suelo como si hubieran sido cachorros. Saltóles el cerebro, que corrió por la tierra con la sangre. Empezó por despedazar sus miembros, y preparo su comida: luego devorólos como un león criado en las montañas, tragando entrañas, carnes, huesos y médulas. Al ver tan horrible espectáculo, lloramos y levantamos las manos hacia Júpiter: la desesperación se había apoderado de nuestros corazones. Cuando el Cíclope hubo llenado su vasto estómago, comiendo carne humana, y bebiendo además leche pura, acostóse en su antro, tendiéndose entre sus rebaños. Entonces sentí en mí magnánimo corazón, el impulso de acercarme á él, sacar el acero de la vaina, y herirle en el pecho, tentando con la mano el lugar en donde el pericardio envuelve el hígado; pero otro pensamiento me detuvo: también nosotros hubiéramos perecido allí de muerte horrible, pues no hubiéramos podido apartar con la mano, la enorme piedra que cerraba la entrada de la elevada puerta. Por esto esperamos, gimiendo, la vuelta de la divina Aurora. Cuando apareció la hija de la mañana, la Aurora de rosados dedos, encendió fuego y se puso á ordeñar con cuidado sus magníficas ovejas, suspendiendo un pequeñuelo en las mamas de cada una. Cuando hubo dado fin a estas tareas, asíó

otra vez a dos de mis compañeros, y preparó su desayuno. Cuando acabó su festín sacó sus rebaños fuera del antro, después de haber quitado sin ningún esfuerzo la enorme piedra que lo cerraba. En seguida la volvió a colocar, como se adaptaría a un carcaj su tapa. Mientras que el Cíclope sacaba ruidosamente a la montaña sus numerosos rebaños, permanecí en el antro, abrigando en el corazón funestos designios, y acariciando la idea de la venganza, si Minerva me prestaba su ayuda. He aquí el partido que me pareció mejor después de reflexionarlo. En la cuadra estaba colgada la enorme maza del Cíclope: era un olivo aun verde que había cortado, para llevarlo cuando estaría seco. Al verlo nos pareció que era tan alto como el mastil de un negro navío de veinte remos ó de un ancho buque de carga, que atraviesa la vasta mar. Tal era a nuestros ojos la longitud y grueso de aquella maza. Acerquéme y corté yo mismo la longitud de una braza, presentandola a mis compañeros, con orden de adelgazarla. Cuando lo hubieron hecho, avancé, y agucéla por uno de los cabos, después de lo cual toméla y le dí vueltas en el fuego. Después enterréla en el estiércol, del que estaba llena la caverna; dije a mis compañeros que echaran suertes para saber quienes se atrevían conmigo a levantar aquella estaca y hundirla en el ojo del Cíclope cuando estuviese entregado al dulce sueño. La suerte designó a los mismos que yo hubiera escogido: eran cuatro, y yo fuí designado el quinto por ellos.

Al anoecer, el Cíclope volvió de apacentar sus ovejas de hermoso vellón, colocó en la vasta caverna todos sus gruesos rebaños sin excepción, no dejando res alguna fuera de la espaciosa cuadra, fuése por presentimiento ó porque un dios lo hubiese dispuesto así. Cuando hubo levantado la enorme piedra y tapado la puerta, sentóse y se puso a ordeñar con cuidado sus ovejas y sus baladoras cabras, suspendiendo un pequeño en las mamas de cada una. Cuando con presteza hubo dado fin a su trabajo, asíó por

tercera vez a dos de mis compañeros y preparó su comida. Entonces acerquéme al Cíclope y dirigíle la palabra con una copa de vino tinto en la mano. «Toma, Cíclope, bebe vino, puesto que estás harto de carne humana, para que sepas cual era la bebida que encerraba nuestro navío: yo te traía una libación, convencido de que movido por la piedad me mandarías á mi patria; pero tu furia no reconoce límites. Desdichado! Qué mortal vendrá a encontrarte en adelante, no habiendo obrado como debías?» Tomó la copa y bebió, experimentando un placer tan extraordinario al gustar un vino tan dulce, que me pidió otra copa. «Dame otra, y dime al instante tu nombre, pues quiero hacerte un presente de hospitalidad, con el cual puedas regocijarte. La fecunda tierra suministra a los Cíclopes uva de gruesos racimos, a la que hace crecer la lluvia de Júpiter; pero tu vino es un chorro escapado de los manantiales del néctar y de la ambrosía.» Dichas estas palabras, díle otra vez ardiente vino. Tres veces presentéle una copa, y tres veces la vació sin sospechar nada. Cuando los vapores hubieron subido a la cabeza del Cíclope, dirigíle palabras dulces como la miel. «Cíclope, quieres saber mi ilustre nombre; pues bien, voy á decírtelo; pero dame antes el regalo de hospitalidad que me has prometido. Mi nombre es Nadie: mi padre, mi madre y todos mis compañeros me llaman lo mismo.» Díjele; y él, hombre sin corazón, me respondió: «Quieres saber cual será mi presente? Bueno; Nadie será el último que comeré de todos sus compañeros; los demas le precederán: este será mi regalo de hospitalidad.» Al decir estas palabras cayó con el cuerpo vuelto hacia atras, y así permaneció con su enorme cuello inclinado a un lado; y el sueño que domina a todos los seres apoderóse de él. De su gáznate salían oleadas de vino y pedazos de carne humana, y erutaba atontado por la embriaguez. Entonces introduje la estaca en la amontonada ceniza hasta que estuvo ardiendo, y animé con mis palabras a todos mis compañe-

ros para que ninguno retrocediese cediendo al miedo. En el momento en que el olivo, a pesar de ser verde, estuvo a punto de inflamarse, despidiendo un vivo reflejo, acerquéme y lo saqué del fuego: mis compañeros estaban de pié a mi alrededor. Sin duda un dios nos inspiró gran audacia. Asieron la estaca de olivo aguzada por un extremo, y la hundieron en el ojo del Cíclope, mientras yo, poniéndome de puntillas, la hacía dar vueltas. Del mismo modo que un hombre taladra con la barrena una viga de un navío, y otros colocados debajo, la mueven con dos correas que estiran por ambos lados, y el instrumento se mueve sin cesar y sin descanso; nosotros, después de haber asido la inflamada estaca, la hacíamos voltear en el ojo del Cíclope, y la sangre salía a borbotones por los lados del ardiente instrumento. Quemada que estuvo la pupila, el ardiente vapor consumió del todo sus párpados y cejas; y los nervios del ojo chispeaban consumidos. Como el herrero para templarla, sumerje en el agua fría, una gran hacha ó segur, que rechina y gruñe, y esto es lo que da resistencia al hierro, así el ojo del Cíclope silbaba alrededor de la estaca de olivo. Entonces lanzó un horrible y espantoso gemido, que resonó en la concavidad de la roca, y nos hizo huir espantados. En tanto sacóse del ojo la estaca manchada de mucha sangre, y transido de dolor arrojóla lejos de sí: luego llamó, a grandes voces, a los Cíclopes que habitaban las cavernas vecinas, en los promontorios barrido por los vientos. A los gritos de Polifemo, acudieron de distintos lados, y deteniéndose delante de la gruta preguntaron la causa de su dolor. «Cual es la desgracia, Polifemo, que te arranca esos gritos durante la divina noche, y te obliga á turbar nuestro sueño? Es que algún mortal se lleva, a pesar tuyo, tus rebaños, ó temes que te hagan perecer por medio de ardid ó de violencia?» El terrible Polifemo respondióles desde el fondo de su antro: «Amigos, Nadie me mata, no con violencia, sino con su astucia.» Los Cí-

clopes, á su vez, dirigiéronle estas sùtiles palabras: «Puesto que nadie te hace violencia, solo como te hallas, no es posible que te libres de la enfermedad que el gran Júpiter te envía. No obstante, invoca al rey Neptuno tu padre.»

Pronunciadas estas palabras, alejáronse; y yo reíme interiormente del error en que los había sumido mi nombre y mi excelente ardid. El Cíclope, suspirando de dolor, avanzó a tientas y quitó la piedra que cerraba la caverna: sentóse en el umbral con los brazos estendidos, para coger a aquel de nosotros que ganase la puerta confundido entre las ovejas, pues hasta este punto me creía imprudente. Reflexioné acerca de cual era el partido mejor para salvarme con mis compañeros de la muerte: concebí muchos ardidés y proyectos como cuando se trata de salvar la vida, puesto que nos amenazaba un gran peligro. Hé aquí, pues, el partido que me pareció mejor, después de reflexionar. Había en la gruta gruesos corderos de espeso vellon, hermosos, grandes y provistos de abundante lana: atélos á todos, sin decir palabra, con los flexibles mimbres que servían de lecho al Cíclope, aquel mónstruo sin fé y sin ley: amarrélos de tres en tres, el del centro llevaba á un hombre, y los otros dos, colocados en los flancos, servían de barrera á mis compañeros, de modo que tres corderos conducían á un hombre: yo, viendo que había un cordero mayor que todos los demás, asílo por el lomo y me deslicé debajo de su velludo vientre: luego, volviéndome me suspendí de sus admirables lanas y me sostuve con una constancia inquebrantable. De este modo, esperamos suspirando la vuelta de la divina Aurora. Al aparecer la hija de la mañana, la Aurora de rosados dedos, los corderos lanzáronse fuera para ir á pacer; y las ovejas que no habían sido ordeñadas y cuyas ubres estaban cargadas de leche, empezaron á balar en el establo. Su dueño, atormentado por crueles dolores, palpó el lomo de todos los corderos que había en la cuadra, que se erguían en su presencia, no sospechando, el insensato, que

mis compañeros estuviesen atados bajo el vientre de aquellos animales de larga lana. Mi cordero ganó la puerta el último, cargado con su pesado vello y conmigo, que meditaba prudentes pensamientos. El terrible Polifemo le dijo tentándolo con la mano: «Querido cordero, por qué sales así de mi caverna el último del rebaño? No tienes la costumbre de quedarte detrás de las ovejas, sino que eres siempre el primero en comer las tiernas flores de la pradera, marchando muy á prisa: eres el primero en llegar á la corriente de los ríos, y el primero también que vuelves al corral al llegar la noche. Hoy eres, sin embargo, el último de todos tus compañeros. Acaso echas de menos el ojo de tu amo? Un hombre malvado me lo ha vaciado con el auxilio de sus pérfidos compañeros después de haber aletargado mis sentidos por medio de vino: este es *Nadie* que espero no ha escapado todavía á la muerte. Si participaras de mis sentimientos y estuvieses dotado del don de la palabra, me dirías en dónde se oculta este hombre para librarse de mi furor, y entonces su destrozado cerebro salpicaría el suelo con sus pedazos, y mi corazón se consolaría de los sufrimientos que me ha causado este miserable *Nadie*.» Después de haberle así hablado, soltó al cordero y lo hizo salir. Cuando estuvimos á alguna distancia de la gruta y del patio, empecé por desasirme del cordero, desaté a mis compañeros é hicimos pasar rápidamente delante a los gruesos y ágiles rebaños, haciéndoles dar un gran rodeo, hasta que hubimos llegado a los navíos. Nuestros compañeros nos vieron aparecer con alegría, pues habíamos escapado a la muerte: pero gimieron y lloraron al saber la desgracia de los otros. No les dejé proseguir; con un fruncimiento de cejas prohibibles que lloraran; ordenéles que llevaran a bordo todos aquellos rebaños de hermosas lanas, para hacernos a la vela cuanto antes. Embarcaronse sin perder tiempo, tomaron sitio en los barcos, y sentados con orden, dieron con sus remos en el espumoso mar.

Cuando estuve a una distancia conveniente para hacerme oír, dirigí al Cíclope estas burlo-nas palabras: «Cíclope, no debías abusar de tu temible fuerza, devorando en tu profunda caverna a los compañeros de un hombre sin defen-sa. No podía hacerse esperar mucho el castigo de todos los crímenes de un miserable que, como tú, no teme devorar a sus huéspedes en el seno de su morada: hé aquí la causa de haberte castigado Júpiter y los demas dioses.» Al oirme se irritó mucho mas su corazón. Arrancó la cima de una alta montaña y nos la arrojó, viniendo a caer delante del navío de azulada proa y poco faltó para que diese en un extremo del timón. La caída de esta roca levantó una inmensa ola que, al retroceder, llevó el navío hacia el lado de tierra, y faltó poco para que el reflujo lo arrastrase hasta la orilla. Entonces asiendo una enorme percha, impelí al navío lejos de la costa: luego ordené a mis compañeros con un movi-miento de cabeza, que se inclinaran para liber-tarnos de otra desdicha: ellos remararon encorva-dos sobre los remos, Pero cuando vogando por el mar llegamos á doble distancia de aquel lu-gar, quise dirigirme al Cíclope, pero mis com-pañeros, colocados a mi alrededor, me suplicaban con dulces frases que desistiese de semejan-te idea. «Temerario, por qué quieres irritar a este hombre cruel, que al lanzar ahora mismo una piedra a las olas ha impelido el navío hacia la ribera, de modo que nos creíamos ya todos perdidos? Si oyese a alguno de nosotros hablar o gritar, nos rompería la cabeza y haría volar nuestro navío en astillas al choque de una pie-dra aguda: tanta fuerza tienen sus brazos.» Esto me dijeron, pero no pudieron persuadir a mi generoso corazón, y en el fuego de mi cólera, exclamé: «Cíclope, si algún mortal te pregunta la causa de tu horrible ceguera, dile que Ulises, destructor de las ciudades, es el que te ha saca-do el ojo, Ulises hijo de Laerte, que tiene su morada en Itaca.» «Éxcelsos dioses! exclamó Po-lifemo gimiendo, ya se han cumplido los anti-

guos oráculos en contra mía? Había en estos lugares un adivino, hombre alto y fuerte, Telemo, hijo de Eurimos, que aventajaba en el arte de adivinar a todos los mortales, y que envejeció entre los Cíclopes predicando el porvenir. Anuncióme que un día me sucedería esto y que me vería privado de la vista por mano de Ulises. Yo esperaba ver llegar aquí un mortal grande y hermoso, revestido de muchísima fuerza, y veo que un hombre pequeño, sin valor ni fuerza, me ha sacado el ojo, después de haberme embriagado. Pero vamos, ven acá Ulises, te ofrezco los dones de la hospitalidad y suplico al glorioso Neptuno que procure tu regreso: pues yo soy su hijo y él se vanagloria de ser mi padre. El mismo me curará, si le place, sin la ayuda de los bianaventurados dioses ni de los mortales.» «Quisiera el cielo, le contesté, hubiese podido privarte de la vida y precipitarte a la morada de Plutón, como Neptuno mismo no te curará el ojo.» Después de esto imploró al dios Neptuno, alzando las manos hacia el estrellado cielo: «Escúchame, Neptuno, dios de la azulada cabellera, que sostienes la tierra: si soy verdaderamente tu hijo y tú te vanaglorias de ser mi padre, haz que que jamás vuelva a su patria Ulises, destructor de las ciudades, hijo de Laerte, que tiene su morada en Itaca. Y si es su destino volver a ver a sus amigos, entrar en su soberbio palacio y pisar en el nativo suelo, has que esto no suceda sino tarde y desgraciadamente, en un navío extranjero, después de haber perdido a todos sus compañeros, y que encuentre nuevas desdichas en su casa.» Esta fue su plegaria, y el dios de los azulados cabellos atendióla. Mientras tanto, levantó otra piedra, mucho mayor, y lanzóla, haciéndola voltear y desplegando un vigor inmenso. Cayó detras del navío de azulada proa y poco le faltó para alcanzar parte del timón. La caída de esta roca levantó una inmensa ola, empujó al navío y amenazó arrastrarlo hasta la orilla.

(Canto IX)

Ulises desciende á los infiernos (*)

[*Ulises le cuenta especialmente á Alcinoo que ha ido al país de los muertos á consultar el porvenir al adivino Tiresias (1) y que ha encontrado la sombra de su madre, muerta de pena poco tiempo después de haber salido él de Itaca.*]

Sacamos las ovejas y seguimos sin perder tiempo el curso del Océano, hasta que llegamos a las sombrías moradas de Plutón. Entonces, Perimede y Euriloco sostuvieron las víctimas, y yo, sacando mi acerada espada, abrí un hoyo de un codo en cuadro; luego, puestos de pie alrededor de la fosa, hicimos libaciones a todos los muertos, primero con una mezcla de miel, enseguida con delicioso vino, luego con agua, esparciendo blanca harina por encima. Imploré con fervor a las impotentes sombras de los muertos y prometí que de regreso a Itaca, les sacrificaría en mi palacio, una vaca estéril, la mejor del rebaño, que llenaría la hoguera de objetos preciosos, y que sacrificaría aparte, y en honor de Tiresias, un cordero completamente negro, el más hermoso entre todos. Cuando hube implorado por medio de mis votos y de mis súplicas a la muchedumbre de los muertos, degollé las ovejas encima del hoyo, corriendo al punto su negra sangre en abundancia. En el fondo del Erebo (2) se reunieron las almas de los difuntos: mujeres y hombres jóvenes, ancianos aleccionados por el sufrimiento, tiernas vírgenes, presas de reciente dolor, numerosos guerreros, víctimas de Marte (3), heridos por las lanzas de acerada punta y cubiertos de ensan-

(*) Los griegos supusieron que las almas de los difuntos descendían al fondo de la tierra, á los infiernos, endonde reinaba el dios Plutón, hermano de Neptuno y de Júpiter. Los infiernos comprendían *Los Campos Eliseos*, la residencia de los buenos y el *Tártaro*, sitio de castigos para los malvados.

(1) Famoso adivino de Tebas.

(2) Infierno.

(3) Hijo de Júpiter y de Juno; dios de la guerra.

grentadas armas. Agrupábanse en tropel alrededor de la fosa, á derecha é izquierda, con inmenso clamoreo; yo estaba pálido y lleno de temor. En aquel momento insté á mis compañeros que desollaran y quemasen las ovejas que yacían inmoldadas por el inexorable acero, y que invocasen á los dioses, al poderoso Plutón y á la temible Proserpina (1). Yo desenvainé la espada de acero, y no permití á las impotentes sombras de los muertos, que se acercaran á la sangre, hasta que hubiese consultado á Tiresias.

Se apareció entonces la sombra de mi difunta madre, Anticlea, hija del magnánimo Autolico, que había dejado llena de vida al partir para la santa Troya. Al verla, lloré y sentí en mi corazón la más viva piedad, pero aunque estaba muy conmovido, no la dejé acercarse á la sangre antes de haber interrogado á Tiresias.

Yo permanecí allí inmóvil hasta que mi madre se hubo acercado y bebido la negra sangre; enseguida me reconoció y me dirigió gimiendo estas sentidas palabras: «Hijo mío, cómo es que gozando aun del don de la vida has descendido á estas oscuras tinieblas? Es muy difícil á los vivos visitar estos lugares, pues les separan ríos de terribles corrientes, y además, el Océano, que es imposible pueda un peaton (2) atravesarlo, á menos que sea en un sólido navío. Es que después de haber errado mucho tiempo, á tu regreso de Troya, vienes aquí con tu navío y tus compañeros? No has vuelto á Itaca? No has vuelto á ver á tu esposa en tu palacio?» «Madre mía, le respondí, la necesidad me ha obligado á descender á la morada de Plutón, para consultar al alma del tebano Tiresias, pues no me he acercado á la Grecia ni he llegado á mi país. Vago sin cesar, presa del sufrimiento, desde el día en que por primera vez seguí hasta Ilión, fecunda en corceles, al divino Aga-

(1) Hija de Ceres y esposa de Plutón.

(2) Persona que anda á pie.

menón, para combatir contra los troyanos. Pero, respóndeme y dime sin fingimiento, de que modo la muerte que, hunde á los hombres en la tumba, te arrebató también á tí. Has muerto después de una larga enfermedad, ó Diana que gusta de lanzar dardos, te ha herido con algunas de sus dulces flechas? Háblame también de mi padre y de mi hijo que dejé en Itaca: poseen todavía el reino, ó es que otro se ha apoderado de él? Creen ó no en que yo vuelva? Cuéntame también los proyectos y los pensamientos de mi casta esposa, dime si al lado de mi hijo guarda todos mis bienes intactos, ó si el más ilustre de los griegos la ha tomado por esposa.» No tardó en contestarme mi augusta madre: «Sí, Penélope permanece encerrada en tu palacio con el corazón afligido: sus tristes noches y sus desolados días, se consumen entre lágrimas: además, nadie posee tu cuantioso patrimonio, y Telémaco cultiva en paz tus dominios y toma parte en los nobles festines, como debe hacer un hombre que administra justicia, pues todo el mundo le convida. En cuanto á tu padre, habita en el campo y nunca va á la ciudad. No tiene para acostarse, lecho ni manta de lana, ni ricos abrigos: en invierno duerme en donde duermen todos sus servidores, en la casa, cerca de la ceniza, al lado del fuego, cubriendo su cuerpo con vestidos de ínfima calidad: luego, cuando regresa la verde estación del estío, le estienden en el suelo un humilde lecho de hojas secas, en un lugar cualquiera de su cercado plantado de viñas: allí se acuesta afligido, alimentando en el fondo de su corazón un dolor cada día más vivo, y deplorando tu suerte; además, la triste vejez acaba con él. De este mismo modo he perecido yo y sufrido mi destino. No ha sido Diana, la de seguros dardos, quien me ha acechado y herido con dulces flechas; ninguna enfermedad se ha cebado en mí, de esas que arrancan la vida de los miembros, efecto de una dolorosa consunción: lo que me ha arrebatado la existencia, glorioso Ulises, ha sido la pena que sentía por tu ausencia, los cuidados que me inspiraba tu suerte y el recuerdo de tu ternura.» Al oír estas

palabras, y cediendo á la angustia de mi corazón, quería coger el alma de mi difunta madre: tres veces me lancé, arrastrado por el deseo de abrazarla, y tres veces, como una sombra ó un sueño, escapóse de mis manos; un dolor más vivo atormentó mis sentidos y dirígile estas afectuosas palabras: «Madre mía, por qué huyes de un hijo que arde en deseos de abrazarte, á fin de que, en la misma morada de Plutón, con las manos echadas al cuello uno del otro, podamos confundir nuestras amargas lágrimas? Por ventura, no eres más que vaga imagen enviada por la gloriosa Proserpina, para hacerme sufrir y gemir más todavía?» «Ay de mí, hijo mío, el más infortunado de todos los mortales, contestó al instante mi madre, no se burla de tí Proserpina, hija de Júpiter, sino que esta es la condición del hombre cuando muere: los nervios no tienen ya ni carne ni huesos: la fuerza irresistible de un fuego ardiente los consume en el momento en que la vida abandona á los blanquecinos huesos, y el alma vuela y se evapora como un sueño. Pero vuelve cuanto antes á la luz y acuérdate de todas mis palabras para referirlas más tarde á tu esposa.»

(Canto XI)

La recepción del porquerizo Eumeo

[*De la isla de los Feacios, es conducido Ulises por un rápido navío á Itaca, endonde los marineros lo dejan dormido á la orilla de la costa. Cuando Ulises despierta no reconoce á su país. Minerva, trasformada en pastor, lo orienta y ambos se ponen de acuerdo sobre los medios de castigar á los pretendientes. Enseguida Ulises, bajo el disfraz de un mendigo, se encamina á la cabaña del porquerizo Eumeo. Nada hay más tierno y sencillo que la recepción que le hace Eumeo: son las costumbres heroicas en toda su ingenuidad.]*

Ulises, alejándose del puerto, siguió un escabroso sendero á través de los bosques y de las

motañas, hacia el lado donde le había dicho Minerva que encontraría al buen porquerizo; este era entre todos los servidores comprados por Ulises, el que cuidaba mejor los bienes de su amo. Encontróle sentado en el patio, en donde se elevaba, en un espacio descubierto, el elevado redil que era hermoso, grande y circular. El mismo Eumeo lo había construído para sus puercos, durante la ausencia del rey, sin consultar á su amo ni al anciano Laerte, con piedras labradas, rodeándolo de un cerco de espinas. Había plantado en el exterior, una línea no interrumpida de estacas sólidas y muy unidas, sacadas del corazón de las encinas; y en el interior, había construído doce departamentos uno al lado del otro, para guardar los puercos; en cada departamento estaban recogidas cincuenta puercas paridas, echadas en el suelo: los machos dormían al aire libre y eran en menor número, por mermarlo para su regalo los pretendientes semejantes á los dioses, puesto que el porquerizo les mandaba cada día, el más cebado de todos los puercos. Sin embargo, quedaban todavía trescientos sesenta machos. Allí cerca había cuatro perros como fieras, que había adiestrado el porquerizo jefe de los pastores. En aquel momento Eumeo se probaba unas sandalias, que había cortado de una piel de buey de color subido. Ya habían subido los demás porqueros, en número de tres, con los puercos reunidos en rebaños; habiendo mandado al cuarto á la ciudad, con un puercos, según obligada costumbre de los insolentes pretendientes para que, después de haberlo sacrificado, satisficiesen su apetito con las carnes de la víctima. Repentinamente, á la vista de Ulises, los perros de fuerte ahullido, se lanzaron ladrando; pero el héroe sentose prudentemente cayéndosele el bastón de la mano. Tal vez entonces hubiera experimentado junto al redil de su propiedad un terrible percance: pero el porquerizo acudió precipitadamente atravesando el vestíbulo y dejando el cuero que en la mano tenía. Riñó á los perros y los dispersó á pedradas; luego dirigió la palabra al rey:

«Poco ha faltado, anciano, para que los perros te despedazasen en un instante, y tu muerte me hubiera cubierto de vergüenza. Bastantes penas y motivos para llorar me han dado los dioses, pues vivo aquí llorando y lamentándome por mi amo, que se parece á los dioses y, alimento sus cebados puercos, para que se los coman otros, mientras que él, falto tal vez de alimentos, vaga por un país y una ciudad extranjera, si es que existe aun y ve la luz del sol. Pero sígueme anciano y entremos en mi cabaña, para que después de haber satisfecho tus necesidades corporales, me digas de donde vienes y cuales son tus desdichas.» Y dicho esto, el buen porquerizo le condujo á la cabaña. Cuando le hubo introducido, hízole sentar sobre un montón de seca yerba que esparció por el suelo y cubrió con la piel ancha y velluda de una cabra salvaje de largo pelo, que le servía de lecho; Ulises, contento de la acogida que le hacía Eumeo dirigióle estas palabras: «Quieran Júpiter y los dioses inmortales que se cumpla tu más ardiente deseo, en recompensa de la benévola acogida que me has dispensado!» «Estranjero, replicole Eumeo, no nos es permitido despreciar á un extranjero, aunque fuese más miserable que tú, pues todos los extranjeros y los mendigos vienen de parte de Júpiter: la más insignificante dádiva que les hacemos les es agradable, pues dar poco es deber de los servidores siempre temerosos, cuando son jóvenes sus amos. Los dioses han privado de todo medio de regreso á aquel que me hubiera amado cordialmente y me hubiera dado bienes, una casa, un campo y una mujer de la cual muchos hubieran envidiado la mano; ventajas todas que concede ordinariamente un amo benévolo á sus servidores, cuando han trabajado mucho por él, y un dios hace prosperar su trabajo, como ha prosperado el que yo tengo á mi cargo. He aquí todo lo que por mí hubiera hecho mi amo, si hubiese envejecido en estos lugares, pero sin duda ha muerto. Que no haya perecido antes la raza de Elena que ha causado la muerte á tantos héroes! pues mi amo por el honor de Agame-

nón fué á Troya, en donde abundan los corceles, para combatir contra los troyanos.»

Después de estas palabras se ciñó la túnica con el cinturón y se dirigió á los rediles en donde estaban recogidos los rebaños de lechones, tomó dos y los degolló al momento; chamuscólos, cortólos en pedazos, púsolos al asador, y después de haberlos cocido, sirviólos aun calientes á Ulises en el mismo asador; los roció con blanca harina y mezcló en una copa de madera un vino dulce como la miel. Después se sentó enfrente del héroe, y animándole á comer, le dijo: «Estranjero, come ahora esta carne de puerco que se da á los servidores, pues los bien cebados se reservan para la mesa de los pretendientes en cuyos corazones no tiene cabida la piedad, ni el temor á los dioses. Sin embargo, á los bienaventurados dioses no les gustan sus malas acciones, al contrario, honran á la justicia y á las buenas obras. Aun los enemigos, los piratas mismos que llegan á estrangera tierra y les da Júpiter un rico botín, se vuelven cada uno á su país. después de haber llenado sus buques: pero llevan en su alma el más vivo temor de la venganza celeste. Saben, no obstante, algo, han oído la voz de un dios anunciándoles la dolorosa muerte de mi amo; puesto que no quieren pretender la mano de su mujer de una manera conveniente, ni volver á sus casas; libres de todo cuidado consumen sus riquezas con insolente despilfarro. Todas las noches y todos los días con que nos favorece Júpiter, no se contentan con inmolar una ó dos víctimas, sino que bebiendo sin freno agotan el vino. Mi amo poseía inmensos bienes; ninguno, entre los héroes del continente, ni en Itaca misma, aunque se reunieran veinte de ellos, poseerían riquezas iguales á las suyas. Voy á enumerártelas: doce rebaños de bueyes en el continente; otros tantos rebaños de corderos; otros tantos de puercos y un número igual de rebaños de cabras, que llevan á pacer los mercenarios y sus pastores. Aquí tenemos once grandes rebaños de cabras, que pacen en el confín de la isla, guardados por hombres de confianza. Cada uno de

ellos presenta todos los días á los pretendientes, el cabrito más hermoso del rebaño, y yo que guardo y cuido aquí los puercos, escojo con cuidado y les envió el más hermoso de mis puercos.» Ulises comía y bebía ávidamente sin decir palabra; combinaba la perdición de los pretendientes. Cuando hubo acabado su refrigerio y reparado las fuerzas con el alimento, Eumeo llenó la copa en que él bebía y se la presentó llena de vino: Ulises recibíola con alegría y levantando la voz, dirigió al porquerizo estas halagüeñas palabras: «Oh amigo mío, cual es el hombre que te ha comprado, tan opulento y tan valeroso, según se desprende de tus palabras? Dices que ha muerto, combatiendo por el honor de Agamenon? Respóndeme: talvez he conocido á la persona de que me hablas. Júpiter y los demás dioses inmortales, saben si yo podría darte noticias tuyas por haberle visto, pues he recorrido muchos países.» «Oh anciano, contestó el porquerizo jefe de los pastores, jamás vagabundo alguno que venga á esta isla y traiga nuevas de mi amo, será creído por su mujer y su querido hijo, pues como todos tienen necesidad de ser amparados, mienten á sabiendas, y poco les importa no ser veraces. Todos los mendigos que llegan al país de Itaca se presentan á mi ama y la engañan con sus narraciones: ella los acoge y obsequia bondadosa, les interroga sobre todo lo que saben, y llena de angustia, brotan las lágrimas de sus ojos como es natural en la mujer, cuyo esposo ha perecido en tierra extranjera. Tú mismo, anciano, forjarías mil mentiras si se te daba un manto y una túnica para vestirte. Los perros y los veloces pájaros, deben ya haberle arrancado la piel descubriendo sus huesos, ó los peces lo han devorado en el seno del mar y sus huesos yacen en alguna playa, cubiertos de espesa arena. Hé aquí como ha perecido, no dejando á sus amigos, y á mí sobre todo, sino amargos recuerdos; porque yo nunca encontraré un amo tan bueno en cualquier parte que vaya, ni aun en casa de mis padres, en donde he nacido y me han criado. No lloro tanto por ellos, y eso que deseo ar-

dientemente volverlos á ver, y regresar á mi patria; pero el recuerdo de Ulises ausente, embarga todo mi pecho. No me atrevo querido huésped, á llamarlo por su nombre, aunque él no esté aquí, pues me amaba y se interesaba mucho por mí y yo le llamo sér querido, por más que esté lejos de mí.»

Contestóle el paciente y divino Ulises: «Oh amigo mío, puesto que niegas absolutamente el hecho, y que tu corazón siempre desconfiado se resiste á creer en el regreso de Ulises, yo te diré no á la lijera, sino por medio de juramento, que Ulises volverá. En cambio de esta buena noticia, te pido que en el momento de poner los pies en su palacio me des un manto, una túnica y hermosos vestidos. Hasta entonces, por pobre que me veas, no aceptaré cosa alguna, pues odio tanto como á las puertas del infierno, al hombre, que cediendo á la pobreza, vende la mentira. Pongo por testigo á Júpiter, antes que á todos los dioses, á esta hospitalaria mesa, y al hogar del intachable Ulises en el que he encontrado un sitio, de que todo sucederá tal como te digo. Ulises llegará aquí en este mismo año. Al fin de este mes ó al principio del otro, volverá á su hogar y castigará á todo aquel que en estos lugares ultraje á su esposa y á su glorioso hijo.» «Oh anciano, repuso el porquerizo, yo no te pagaré esta buena nueva; Ulises jamás volverá á su morada. Bebe por eso tranquilamente, hablemos de otra cosa y no me traigas á la memoria estos recuerdos, pues mi corazón se aflige siempre que hablo de este respetable rey. Dejemos pues los juramentos; con todo, ojalá vuelva Ulises tan pronto como lo deseo, lo mismo que Penélope, el viejo Laerte y Telémaco el parecido á los dioses! Ahora hasta temo por el hijo que engendró Ulises, por Telémaco: los dioses lo han hecho crecer como un tierno arbusto y yo creía que cuando fuera hombre, igualaría á su padre por su talento y admirable belleza, pero algún inmortal ó algún hombre ha estraviado su sana inteligencia: ha ido á buscar noticias de su padre á la divina Pilos, y los nobles pretendientes ponen estorbos á su regreso, para que la

raza del divino Arcesios (1) desaparezca sin gloria de Itaca. Pero abandonémosle á su suerte, ora sucumba, ora escape y estienda sobre él la mano el hijo de Saturno. Cuéntame más bien tus desdichas, anciano, y responde sinceramente á mis preguntas, á fin de que pueda saber la verdad. (2)

(Canto XIV)

Reconocimiento de Ulises y Telémaco

[*Telémaco, un niño cuando Ulises partió para Troya y á quien Penélope había educado en el respeto y el amor de su padre, regresa de Pilos y de Esparta adonde había ido á pedir, inútilmente es claro, noticias de su padre á Néstor (3) y á Menelao. El también se encamina á la cabaña de Eumeo endonde se realiza el reconocimiento del padre y del hijo. La acogida que Eumeo hace á Telémaco es inimitable por su belleza y sencillez.*]

Al rayar la aurora, Ulises y el divino porquerizo prepararon en la cabaña el desayuno después de haber encendido fuego, y enviaron afuera los pastores, para que apacentaran los rebaños de puercos. Al llegar Telémaco, los perros de estrepitosa voz, en vez de ladrar, menearon la cola. El divino Ulises vió que los perros meneaban la cola, al tiempo que á sus oídos llegaba el ruido de pasos, por lo que se dirigió con estas palabras al porquerizo: «Eumeo, sin duda llega aquí uno de tus compañeros, ó alguna persona conocida, pues los perros en vez de ladrar, menean la cola y oigo además ruido de pasos.» No bien dijo estas palabras, cuando apareció en el vestíbulo su querido

(1) Hijo de Júpiter y de Furiada, y padre de Laerte.

(2) Ulises engaña á Eumeo, haciéndole, como respuesta de sus preguntas, una ingeniosa é imaginaria biografía.

(3) Néstor, rey de Pilos, era un anciano, célebre entre los griegos por su sabiduría y elocuencia. «Sus palabras, dice Homero, fluían más dulces que la miel.»

hijo. Eumeo se levantó tan conmovido, que cayeron de sus manos los vasos que tenía para mezclar el vino; corrió al encuentro de su amo, y vertiendo abundantes lágrimas, cubrió de besos su cabeza, sus hermosos ojos y sus manos. A la manera que un padre lleno de ternura, abraza al hijo que tras una ausencia de diez años regresa de lejanas tierras, hijo único que ha tenido en su vejez y por el que ha sufrido muchos tormentos; así en aquel entonces el divino porquerizo abrazando á Telémaco, parecido á los dioses, lo cubría de besos cual si hubiese escapado á la muerte, y le dirigió por último sollozando estas tiernas palabras: «Ya estás de vuelta, Telémaco, mi dulce luz! No, ya no pensé volverte á ver, desde que te embarcaste para Pilos. Pero entra, querido hijo, para que pueda contemplarte, ya que apenas has llegado te dignastes venir á esta morada; pues no visitas muy á menudo tus campos ni tus pastores, sino que permaneces en la ciudad, sin duda para vigilar á los infames pretendientes.» «Como tú quieras, padre mío, le contestó Telémaco. He venido solamente por tí, pues he querido verte y oír de tus labios, si mi madre habita aun en el palacio, ó si ha tomado nuevo esposo.» El porquerizo, jefe de los pastores, respondióle á su vez: «Penélope permanece encerrada en su palacio, con el corazón lleno de amargura: sus tristes días y sus solitarias noches trascurren vertiendo copioso llanto.» Y dicho esto tomó la acerada lanza de las manos de Telémaco, que traspasó entonces el umbral de piedra y penetró en la cabaña. Ulises se levantó para ofrecer su silla al recién venido, pero Telémaco le detuvo y le dijo: «Siéntate, oh extranjero, que no faltará sitio para sentarme en nuestro establo, y ved aquí al hombre que me lo preparará.» Y Ulises volvió á sentarse en su sitio. El porquerizo estendió en el suelo verdes malezas que cubrió con una piel para que se sentara el hijo querido de Ulises. El porquerizo les sirvió carnes asadas que habían sobrado de la comida del día anterior: apresuróse á colocar pan en unas canastillas y á mezclar en una copa de ma-

dera un vino tan dulce como la miel, yendo después á sentarse frente al divino Ulises; y ambos estendieron las manos, hacia los platos preparados y servidos delante de ellos.

[*Satisfecho el apetito y al sed, Telémaco pregunta á Eumeo quien es el huésped. Eumeo le repite la historia fingida que Ulises le ha contado al principio. Enseguida Telémaco se queja de la impotencia á que lo han reducido los pretendientes que lo oprimen. Luego, dirigiéndose á Eumeo, le ordena que vaya á avisarle su regreso á Penélope.*]

«Tú, padre mío, vé inmediatamente á dar aviso á la prudente Penélope, de que he regresado de Pilos, sano y salvo. Te esperaré aquí: apresura tu vuelta después de haber advertido á mi madre, que nadie entre los griegos debe saber mi regreso, pues más de uno está sediento de mi sangre.» Entonces tomando la palabra á su vez, le respondistes, porquerizó Eumeo: «Te he oído y comprendido, pues te diriges á quien fácilmente entiende tus palabras. Pero dime aun con toda franqueza, debo á la vez llevar también la nueva al infortunado Laerte? hasta hoy, aunque muy atormentado por la ausencia de Ulises, visitaba sus campos, bebía y comía en la casa con sus servidores cuando se le antojaba; pero ahora desde que partiste en un navío para Pilos, dicen que ni come ni bebe como antes, ni visita sus campos, sino que llorando y suspirando pasa el tiempo lamentándose y la piel se marchita sobre sus huesos.» «Mucho lo siento, contestó Telémaco, pero dejémoslo por poco tiempo con su dolor aunque nos duela, pues si todo se dejase á la elección de los mortales, escogeríamos preferentemente el regreso de mi padre. Tan luego como hayas llevado la nueva, vuelve y no te dirijas á la casa de Laerte, pero dile á mi madre que despache secretamente y con

premura á la intendenta para que avise al anciano.»

Y dicho esto dió prisa al porquerizo: este tomó sus sandalias, calzóselas y partió para la ciudad. No había aun salido del establo el porquerizo, cuando Minerva, que lo había observado, acercóse bajo la figura de una mujer bella y hábil en las labores delicadas y deteniéndose a la entrada de la cabaña, mostróse á Ulises; pero Telémaco no la vió ni se apercibió de su presencia (pues los dioses no se aparecen á todos bajo una forma sensible). Vióla, pues, Ulises solamente; los perros también la vieron y en lugar de ladrar huyeron gruñendo hacia la otra parte del establo. La diosa hizo una señal con las cejas que el divino Ulises comprendió y saliendo de la cámara, franqueó el elevado muro del patio, y se detuvo delante de Minerva que le dijo: «Noble hijo de Laerte, industrioso Ulises, ha llegado el momento de darte á conocer á tu hijo, para que después de haber concertado la muerte y la ruina de los pretendientes, vayais ambos á la famosa ciudad: no estaré mucho tiempo lejos de vosotros, pues la impaciencia que siento por combatir es mucha». A estas palabras, Minerva tocólo con su varita de oro y al punto cubrió su pecho con un manto y una túnica bien lavados, luego le devolvió su majestuosa talla y su vigor, su tez tomó de nuevo un color moreno, sus mejillas se llenaron y una barba negruzca sombreó su rostro. Después de haber obrado estas metamorfosis, Minerva se alejó y Ulises entró en la cabaña. Contemplólo con sorpresa su hijo querido, que en su turbación apartó los ojos creyendo que fuera un dios; y luego levantando la voz, le dirigió estas palabras: «Estranjero, te me apareces en este momento bajo distinta forma, tus vestidos son otros y tu exterior no es el mismo. Eres sin duda alguno de los dioses que habitan en el cielo. Pero séme propicio, y te ofreceremos agradables sacrificios y ricos y delicados presentes de oro.» «No soy un dios, respondió el paciente y divino Ulises, por qué pues me comparas á

los Inmortales? Soy tu padre, por el que sufres gimiendo innumerables males y las violencias de los hombres.» Y dicho esto abrazó á su hijo, y resbalaron por sus mejillas lágrimas copiosas que hasta aquel momento había sabido contener. Telémaco, que no creía aunque fuese aquel su padre, tomó de nuevo la palabra y le dijo: «No, tú no eres Ulises, tú no eres mi padre; esto es solo que una divinidad trata de engañarme porque ve que me aflijo y me lamento demasiado; pues un simple mortal no podría obrar estos prodigios por su voluntad, á no ser que un dios en persona, le convirtiera en joven ó viejo según su conveniencia. Hace poco eras realmente un anciano cubierto de harapos; y ahora te asemejas á los dioses habitantes del cielo.» El ingenioso Ulises tomando la palabra, replicóle: «Telémaco, no conviene que al ver á tu padre en tu presencia, te admires ni te sorprendas tanto; pues no vendrá ya á estos lugares otro Ulises: soy yo realmente, quien después de haber sufrido muchísimo y vagado durante largo tiempo, he vuelto á mi patria al cabo de veinte años. Además esta metamorfosis que te sorprende es obra de Minerva, amiga del botín, que cuando le place (pues tiene poder para ello), me convierte ora en un mendigo, ora en un joven apuesto y lujosamente vestido. Les es muy fácil á los dioses moradores del Olimpo, ensalzar y humillar á un mortal.» Después de haber hablado así, sentóse, Telémaco abrazado á su padre, exhalaba profundos suspiros y vertía copiosas lágrimas; y cediendo ambos al deseo de llorar, lanzaban gritos como las águilas ó los buitres de uñas encorvadas, á quienes los labradores han robado sus pequeñuelos, antes que pudiesen emprender el vuelo. De esta manera lágrimas de ternura mojaban sus párpados, y sin duda alguna la luz del sol los hubiera hallado todavía gimiendo, si Telémaco no hubiese de pronto dirigido la palabra á su padre.

Argos reconoce á su amo (1)

[*Reconocidos Ulises y Telémaco, ambos fraguan la muerte de los pretendientes. Telémaco se irá adelante. Lo seguirá Ulises, siempre disfrazado de mendigo, y conducido por Eumeo que aun no lo reconoce.*]

Cuando llegaron cerca del palacio, Ulises y el buen porquerizo se detuvieron, pues llegó á sus oídos el son de una armoniosa lira: Femio empezaba á cantar entre los pretendientes: entonces Ulises, tomando la mano del porquerizo le dijo: «Eumeo, esta debe ser la hermosa morada de Ulises; es muy fácil de reconocer aun viéndola en medio de muchas otras. Tiene varios pisos; el patio ha sido provisto de muro y cerco; las puertas son sólidas y de dos alas: no sería posible que un hombre la tomara por asalto. Noto que numerosos convidados preparan un banquete, pues un olor de carne asada ha llegado hasta mí, y oigo resonar la lira, que los dioses han hecho compañera de los festines.» «Has reconocido fácilmente este palacio, contestóle el porquerizo Eumeo, pues para todo tienes buen sentido. Pero vamos, reflexionemos acerca de lo que nos conviene hacer. Entra tú primero en la soberbia morada, y penetra hasta donde están los pretendientes, yo te esperaré aquí; ó si quieres espérame tú y yo iré delante, pero no tardes, para evitar que viéndote fuera, te peguen ó te echen: te suplico que reflexiones sobre este particular.» «Te comprendo perfectamente, contestó el paciente y divino Ulises, hablas con quien entiende el sentido de tus palabras: ea pues, vete delante, yo te esperaré aquí: no me son desconocidos los golpes y heridas, pues he sufrido mucho en el mar y en los combates: será añadir estos á los otros. Es imposible ocultar el hambre ávida y perjudicial, que

(1) Este es un tierno y célebre episodio.

trae tantos males á los hombres: por ella se equipan esos sólidos navíos que surcan el infecundo mar llevando la ruina á los pueblos enemigos.» Estas fueron las palabras que cambiaron. Entre tanto, un perro que estaba echado allí, irguió la cabeza y las orejas: era Argos, que el intrépido Ulises había criado por sí mismo, pero del cual no había sacado provecho alguno, pues había partido antes para la santa Ilion. En otro tiempo los jóvenes se lo llevaban á la caza de liebres, cabras salvajes y ciervos, pero entonces, durante la ausencia de su dueño, yacía abandonado de todos, encima de un montón de estiércol de las mulas y bueyes, esparcido en grau cantidad delante de las puertas hasta que los servidores de Ulises lo recogiesen, para abonar el estenso cercado: allí pues estaba tendido el perro Argos cubierto de estiércol. Sin embargo, desde el momento en que sintió á Ulises á su lado, movió en seguida la cola y bajó las orejas, pero no tuvo suficientes fuerzas para acercarse á su amo. Ulises al ver esto, volvióse para enjugarse una lágrima, que ocultó fácilmente á Eumeo, y al momento le interrogó en estos términos: «Eumeo, es en verdad extraño que abandonen á este perro en un estercolero: es muy hermoso sin duda alguna, pero no sé si era tan ágil en la carrera como hermoso, ó si era simplemente como esos perros, comensales de su amo, que se cuidan únicamente como adorno.» «Ay de mí! contestó el porquerizo Eumeo, este perro pertenece á un hombre que ha muerto lejos de aquí. Si fuera en figura y actividad tal como lo dejó Ulises al partir para Troya, te maravillarías de su agilidad y de su ardor. La pieza que levantaba no podía escaparse á través de las profundidades del espeso bosque, pues nadie lo igualaba en seguir una pista. Ahora es víctima del sufrimiento. Su amo ha perecido en un suelo que no era el de su patria y las indolentes doncellas no cuidan al perro. Cuando los amos no mandan, los servidores descuidan el cumplimiento de sus deberes, porque Júpiter, el de abarcadora mirada, quita al hombre la mitad de su virtud, el día en que se hace

esclavo.» Dichas estas palabras, entró en el soberbio palacio y fué directamente á la sala en donde se hallaban los orgullosos pretendientes. En cuanto al fiel Argos, después que hubo visto á Ulises, al cabo de veinte años, fué arrebatado por la sombra Parca de la muerte.

(Canto XVII)

Reconocimiento de Ulises y de Penélope

[*Ulises, protegido por Minerva y ayudado de Telémaco y de algunos criados fieles, ha penetrado en el palacio y matado á todos los pretendientes. Euriclea, su vieja nodriza, que desde que llegó había reconocido á Ulises por una cicatriz que tenía en el pie, va á avisarle á Penélope que su esposo ha llegado por fin.*]

La anciana Euriclea, trasportada de alegría, subió á la estancia superior, para anunciar á su señora que su querido esposo se hallaba en el palacio: sus rodillas se movían rápidamente y sus pies adquirieron una agilidad extraordinaria. Se colgó al cuello de Penélope, y le dijo estas palabras: «Despierta, Penélope, querida hija, para que tus ojos vean lo que tanto has deseado: Ulises ha llegado al palacio después de una larga ausencia: ha dado muerte á los nobles pretendientes que arruinaban su casa, consumían sus bienes y desconsideraban á su hijo.» La prudente Penélope la contestó: «Buena anciana, los dioses te han vuelto loca, pues pueden quitar la razón á la persona más cuerda, y volvérsela á la que más desvaríe. Seguramente, ellos han turbado tu espíritu, hasta hoy tan claro. A qué burlarte de mí, contándome mentiras, cuando el corazón está sumido en la tristeza? Por qué arrancarme á un sueño agradable que me dominaba, velando mis párpados, cuando mejor no lo había tenido, desde el día en que marchó Ulises para ver esa Ilión

de desgracias, cuyo solo nombre me es odioso? Pero vamos, vete ahora y vuelve á la sala. Si otra de mis criadas hubiera venido á despertarme para traerme tal noticia, la hubiera despedido y enviado al interior del palacio: pero á tí la ancianidad te salva.» «No me burlo de tí, querida niña, replicó la nodriza Euriclea, Ulises ha llegado realmente, y está en palacio, como te digo: es el extranjero á quien todos maltrataban en esta casa. Telémaco estaba impuesto de su regreso hace algún tiempo, pero por prudencia ocultaba los designios de su padre, á fin de que pudiera castigar la insolencia de esos hombres presuntuosos.» Esto dijo; Penélope, trasportada de alegría, se tiró de su lecho y abrazó á la anciana, vertiendo abundantes lágrimas: después, levantando la voz, le dirigió estas rápidas palabras: «Vamos, buena anciana, dime sin mentir, si realmente está de vuelta en su casa cual me anuncias, y como ha podido hacer sentir su brazo á los audaces pretendientes. Porque él estaba solo, mientras que ellos permanecían siempre en gran número en la casa.» Euriclea, la querida nodriza, respondió: «He aquí lo que ni he visto ni sabido: solamente he escuchado los gemidos de aquellos á quienes se inmataba. Relegadas al fondo de nuestro aposento, cuyas puertas estaban estrechamente cerradas, permanecemos sumidas en el terror, hasta que tu hijo me llamó á la sala, por encargo de tu padre. Hallé á Ulises rodeado de cadáveres: en torno suyo, los pretendientes yacían unos sobre otros cubriendo el pavimento de la habitación. Tu corazón se hubiera abierto á la alegría, si le hubieras visto bañado en sangre y polvo como un león. Todos están ahora amontonados en las puertas del patio; y Ulises ha hecho encender un gran fuego, y purifica con azufre su soberbia morada. Sígueme, pues, á fin de que vuestros corazones se entreguen á la alegría después de los muchos disgustos que habeis sufrido. Hé aquí realizada hoy esa esperanza, tanto tiempo alimentada: ha llegado vivo á sus hogares, encontrándoos á su hijo y á tí en palacio; y á estos pretendientes,

que tanto daño le causaban, los ha castigado á todos en su vivienda.» La prudente Penélope, respondió: «Buena anciana, en el exceso de tu alegría, no cantes aun victoria. Bien sabes cuanto nos regocijaría la vuelta de Ulises á todos los moradores de este palacio, y sobre todo á mí y al hijo que hemos engendrado. Pero nada hay de verdad en las noticias que me traes. Alguno de los Inmortales es quien ha dado la muerte á los nobles pretendientes, indignado de su deplorable insolencia y de sus maldades, porque para ellos no había sér digno de respeto, así fuera bueno ó malo; y en castigo de su iniquidad han sufrido la muerte: pero Ulises ha perdido, lejos de Grecia, toda esperanza de regreso, y hasta ha perecido.» «Hija mía, replicó Euriclea, qué frase se ha escapado de tus labios? Cuando tu esposo está aquí, en su hogar, dices que no volverá á su patria! Ha de ser, pues, siempre tu corazón incrédulo? Pero vamos, voy á darte otra prueba evidente, la cicatriz de una herida que le infirió un jabalí con su blanco colmillo: yo noté esta cicatriz lavándole los pies y yo misma quise advertírtelo, pero me tapó la boca con la mano, y con su profunda prudencia, no me permitió hablar. Sígueme, pues: en garantía me entrego á tí; y si te engaño hazme sufrir la más cruel de las muertes.» A tales palabras, contestó en seguida la prudente Penélope: «Buena anciana, por mucha que sea nuestra sagacidad, nos es siempre difícil penetrar los designios de los dioses. Pero vamos, no obstante, á buscar á mi hijo, á fin de que vea á los pretendientes privados de vida, y al hombre que los ha inmolado.»

Y dicho esto, descendió de la estancia superior, con el corazón agitado por encontradas ideas: se preguntaba si interrogaría aparte á su querido esposo, ó si al verle le besaría la cabeza y le tomaría las manos. Cuando llegó y hubo franqueado el umbral de piedra, se sentó en seguida frente á Ulises, al resplandor del hogar y junto á la pared opuesta. El héroe se hallaba recostado contra una alta columna, con los ojos bajos, esperando

que su noble esposa le dirigiera la palabra después de haberle examinado. Pero esta permaneció silenciosa largo tiempo, con el alma sobrecogida de estupor; tan pronto le miraba fijamente el rostro, como le desconocía bajo sus miserables harapos. Telémaco tomó la palabra, censurándola, en estos términos: «Madre mía, madre cruel, cuyo corazón es insensible, por qué en presencia de mi padre permaneces apartada y no te sientas á su lado para interrogarle y hablarle? No se encontraría seguramente otra mujer que manifestase tanto desvío á un esposo que, después de haber sufrido males sin cuento, llegara al cabo de veinte años á su país natal. Tu corazón es más duro que la piedra.» «Hijo mío, respondióle la prudente Penélope, tengo el alma embargada de estupor, no puedo decir ni preguntarle nada, ni mirar de frente sus facciones. Si es verdaderamente Ulises, que regresa á sus hogares, nos reconocemos uno y otro, y con más seguridad, porque hay secretos conocidos solo por los dos con exclusión de los demás.» Así dijo: y el paciente y divino Ulises dirigió sonriendo á Telémaco estas rápidas palabras: «Telémaco, deja á tu madre que me examine detenidamente: muy pronto me reconocerá. Ahora, como me vé sucio y cubierto de vestidos haraposos, me desprecia y no puede creer que sea Ulises.

.....
La intendentá Eurinome bañó al magnánimo Ulises en su palacio, y le frotó con aceite: luego le puso un hermoso manto y una túnica. Por su parte, Minerva, difundió por la cabeza del héroe una rara belleza, dándole mayor talla y robustez, y dejando caer por sus espaldas los rizos de su cabellera, parecida á la flor del jacinto. A la manera que un hábil obrero, iniciado por Vulcano y Palas-Minerva en todos los secretos de su arte, combina el oro y la plata, ejecutando maravillosas obras; así la diosa difundió la gracia por su cabeza y espaldas. Salió del baño, igual en belleza á los Inmortales, y tomó nuevamente asiento en el sitio que había dejado en frente de su espo-

sa, á la que habló en estos términos: «Cruel! los dioses habitantes del Olimpo te han dotado de un alma más inflexible que la de las débiles mujeres. No se encontraría, seguramente, otra mujer que manifestara tanto desvío á su esposo que, después de haber sufrido males sin cuento, llegara al cabo de veinte años á su país natal. Pero vamos; buena anciana, arréglame un lecho para que me acueste; porque su seno oculta seguramente un corazón de hierro.» La prudente Penélope le respondió: «Cruel! Yo no quiero hacerme de rogar: ni desprecio ni admiro en demasía; pero recuerdo perfectamente como estabas, cuando marchaste de Itaca en un navío de largos remos. Vamos, Euriclea, prepárale un mullido lecho en la sólida habitación que él mismo construyó: llévaselo allí y adórnalo con pieles, mantos y brillantes cobertores.» Así habló para probar á su esposo; pero Ulises suspirando, dirigió estas palabras á su fiel esposa: «Oh, esposa mía! eso que acabas de decirme destroza el corazón. Quién, pues, ha quitado el lecho de su sitio? Difícil le sería aun al más hábil llevarlo á cabo, á menos que un dios, viniendo en su auxilio, lo haya trasladado á otro punto, pues no hay mortal que, aun en todo el vigor de su edad, pudiera cambiarlo de sitio fácilmente. Por lo demás, este lecho artísticamente trabajado y que yo mismo, con mis propias manos, he construído, tiene una importante señal. En el centro del patio había brotado un tronco de olivo, de verde y lozano follaje, tan espeso como una columna. Él fué el centro á cuyo alrededor construí hasta su completo termino una cámara nupcial de piedras ajustadas: lo cubrí con un techo y le adopté sólidas puertas, formadas de tablas estrechamente unidas. Después corté las ramas del olivo de espeso follaje, y habiendo tallado el tronco á raíz, le pulí artísticamente con el acero, lo aliné á cordel, habiendo también construído un sostén de cama: todo él fué talastrado con la barrena. Empezando por el pié, tallé el lecho hasta su conclusión, y lo incrusté de oro, plata y marfil: en su interior, estendí correas de

cuero de buey, de un brillante color púrpura. Tal es la señal que te hago notar: por lo demás, ignoro si mi lecho está intacto todavía, ó si alguno lo ha quitado de allí, cortando el olivo por su base.» Esto dijo; y Penélope sintió desfallecer su corazón y sus rodillas, reconociendo las evidentes señales que Ulises la había explicado. Entonces, bañada en lágrimas corrió hacia él, le rodeó el cuello con sus brazos, y besándole le cabeza, le dijo: «No estés enojado conmigo, Ulises, tú que en todas ocasiones te muestras el más prudente de los hombres. Los dioses nos condenaron al infortunio, y ellos son los que nos han impedido gozar de la juventud, y llegar al término de la vejez, uno al lado de otro. No te irrites, pues, ahora contra mí, ni llesves á mal que no te haya acogido con ternura tan luego como te he visto. Porque he temido siempre en el fondo de mi alma que algún mortal viniera á sorprenderme con engañadoras palabras, pues son muchos los hombres que á concebir falaces mentiras se dedican. Jamás la Argiana Elena, la hija de Júpiter, recibiera en su tálamo á un extranjero, si hubiese sabido que los belicosos hijos de Grecia habían de volverla á conducir á sus hogares en el suelo querido de su patria. Sin duda, un dios la impulsó á cometer acción tan indigna, sin que ella reflexionara de antemano la gravedad de su falta, origen primitivo de las desgracias que nos han sobrevenido: pero tú acabas de describir con exactitud las señales de nuestro lecho, que ningún otro mortal sino tú lo ha visitado y solo lo conocemos los dos y la esclava Actoris, que mi padre me dió cuando vine á Itaca y ella guarda las puertas de nuestro aposento conyugal. Tú restituyes á mi corazón esa dulce confianza que le fué robada por tantas amarguras.»

Estas palabras escitan en el héroe el deseo de llorar: llora estrechando sobre su corazón á aquella casta y prudente esposa, cuya alma abraza todas las virtudes. Así como los marineros contemplan llenos de gozo la tierra deseada, cuando Neptuno ha destrozado su rauda bajel, juguete

de los vientos y de las olas inmensas y un escaso número, flotando sobre el inmenso mar, nada, y cubierto de salobre espuma, aborda lleno de alegría á las playas, libre ya de la muerte; así Penélope fija sus amorosas miradas en Ulises, sin poder arrancar sus brazos del cuello del héroe. La Aurora, la diosa del manto de rosas, hubiera visto las lágrimas de los tiernos esposos, si Minerva no hubiese prolongado los límites de la larga noche, reteniendo la Aurora al otro lado del océano... Eurinome precede con una antorcha los pasos de Ulises y de Penélope y los conduce al aposento conyugal...

Los esposos, después de haberse entregado á las primeras emociones de su cariño, se entregaron á la grata narración de sus recíprocos pesares... No bien acababa Ulises las últimas palabras de su historia cuando un sueño benéfico se insinuó en sus fatigados miembros, concediendo amiga tregua á los desvelos de su alma.

(Canto XXIII)

Reconocimiento de Ulises y Laerte

[*Al día siguiente, el primer pensamiento de Ulises es para su viejo padre Laerte. Se va en busca de él con su hijo y dos de sus criados, lo halla y se lo trae á Palacio.*]

Ulises y los suyos, fuera ya de la ciudad, llegaron muy pronto á la bella y fértil posesión que el mismo Laerte había adquirido en otro tiempo, después de haber sufrido tantas desdichas. Allí se levantaba una casa, y á su alrededor se extendían las construcciones para la servidumbre, donde comían, habitaban y dormían los esclavos de su pertenencia que trabajaban á sus órdenes. Había entre ellos una vieja mujer siciliana, única que cuidaba con celo al anciano en esta campiña apartada de la ciudad. Ulises habló en estos términos á los dos pastores y á su hijo: «Entrad ahora vosotros en la bien edificada casa é inmo-

lad al momento para la comida el mejor puerco; yo voy á sondear á mi padre y ver si me reconocerá al verme, ó si me desconoce después de tan largo tiempo que he permanecido ausente». Dichas estas palabras, dió sus armas á los pastores y en tanto que estos se apresuraban á entrar en la casa, Ulises se aproximó al fértil vergel, con la idea de poner á prueba á su padre. Pero no encontró al penetrar en este vasto cercado, ni á Dolio, (1) ni á sus hijos, ni á ninguno de los criados: habían marchado para acarrear espinos y cercar el límite del vergel, y el viejo Dolio les enseñaba el camino. Ulises no encontró pues en el bien cultivado vergel más que á su padre, cavando la tierra alrededor de una planta. Entonces Laerte estaba vestido con una túnica sucia, remendada y mugrienta; tenía las piernas calzadas con borcegueses de cuero de buey cosidos, para evitar los rasguños, y unos guantes protegían sus manos de los zarzales; por último, un casco de piel de cabra cubría la cabeza del anciano, sumido en la tristeza. Cuando el paciente y divino Ulises vió á su padre, con el cuerpo quebrantado por la vejez y el alma por el pesar, se detuvo bajo un frondoso peral y se puso á llorar. Preguntóse interiormente si iría á besar á su padre; á estrecharle entre sus brazos y contarle detalladamente cómo había vuelto y entrado en su patria. ó si comenzaría por interrogarle, experimentándole en cada punto. El partido que le pareció mejor, después de reflexionado, fué el de probar desde luego por medio de irónicas palabras, á Laerte. Con esta idea, el divino Ulises fuése derecho á él, y como Laerte, con la cabeza baja cavaba con un azadón alrededor de una planta, su glorioso hijo se aproximó, y le dijo: «Anciano, no eres ignorante en el arte de cultivar un jardín, antes al contrario, lo cuidas todo con el mayor esmero, pues no veo absolutamente planta, higuera, viña, olivo, peral ni cuadro de legumbres que esté desatendido en este cercado. Pero diré (y no por despertarte tu

(1) Viejo criado de Laerte.

cólera) que no atiendes tanto á tu persona: además de la triste vejez que te conqume, estás horriblemente sucio y vestido de harapos. Esto no debe ser porque tu amo te descuide á causa de tu pereza porque fijándose en tu aire y porte no se te puede confundir con un esclavo; mejor te asemejas á un rey. Cualquiera te creería un hombre que después de comer y haberse bañado no tiene que hacer más que dormir cómodamente, pues no es otro el destino de los ancianos. Pero vamos, habla y respóndeme sinceramente: cuál es el amo á quien sirves y para quien cultivas este jardín? Dime también con franqueza y para que yo lo sepa, si nos encontramos realmente en Itaca, como me ha dicho este hombre que acabo de encontrar viniendo hacia aquí: no tenía el juicio sano, porque no ha tenido paciencia para responder á mis preguntas, ni me ha escuchado cuando traté de inquirir si mi huésped vivía aun, ó si había muerto y estaba en la morada de Plutón. Porque yo te diré (préstame atención) que recibí tiempo atrás, y alojé en mi casa, á un extranjero que vino á mi querida patria: nunca ha entrado en mi casa huésped alguno llegado de lejanas tierras, que me fuera más querido que aquel. Se vanagloriaba de ser oriundo de Itaca y tenía, según decía, por padre á Laerte, hijo de Arcesio. Yo le conduje á mi palacio y le acogí como correspondía, con todas las consideraciones posibles, porque la abundancia reinaba en mi vivienda. Le hice los donativos que exige la hospitalidad, dándole siete talentos de oro (1) bien trabajado, una cratera (2) toda de plata, adornada de flores, doce mantos sencillos, otros tantos tapices, é igual número de hermosos velos y además doce túnicas: le dí también cuatro mujeres, perfectas y hermosas, hábiles trabajadoras que él mismo eligió.»

Su padre le respondió, derramando lágrimas: «Estranjero, has llegado en efecto á la tierra por

(1) Moneda ó suma de monedas que tuvieron los griegos antiguos. Cada talento de oro valía más ó menos 2228 colones.

(2) Copa.

que preguntas: pero los hombres que la habitan, son insolentes y perversos: tú has hecho á tu huésped dones inútiles al colmarle de regalos. Si le hubieras hallado vivo en el país de Itaca, no te hubiera despedido sin á su vez ofrecerte presentes y una generosa hospitalidad, porque es justo corresponder así, con el que primero nos ha obligado. Pero vamos, habla y dime sinceramente cuántos años hace que recibiste á tu infortunado huésped, que si viviese aun, sería mi hijo. Lejos de sus amigos y de su país natal, ha sido pasto de los peces indudablemente, si es que no lo ha sido en tierra de las fieras y las aves. Su madre y yo, autores de sus días, no le hemos podido llorar, amortajado; y su infortunada esposa, la prudente Penélope, no ha llorado sobre el lecho mortuorio de su esposo, después de haberle cerrado los ojos, como es regular; porque estos son los honores debidos á los muertos. Pero respóndeme francamente, para que yo sepa á que atenerme: quién eres? cuál es tu patria y quienes tus padres? en qué playa ha anclado el rápido navío que te ha conducido aquí con tus compañeros parecidos á los dioses? Has venido acaso como pasajero en extranjero navío, y los marineros han partido después de desembarcarte?» «Voy á contestar á todas tus preguntas con la mayor sinceridad, respondió el ingenioso Ulises. Soy de Alibas donde habito un magnífico palacio: y mi padre es el rey Afidas, hijo de Polipepon: Eperito es mi nombre; pero un dios me ha separado de Sicilia y arrojado contra mi voluntad en estas costas. En cuanto á Ulises, hace cinco años que el desgraciado marchó de mi patria. A su partida, pájaros favorables aparecieron á su derecha, y yo le despedí gozoso de este augurio: él mismo marchó alegre, y nuestros corazones esperaban que la hospitalidad nos reuniria de nuevo y que cambiaríamos ricos presentes.» Así dijo y una sombría nube de dolor, cubrió la frente de Laerte. Tomó en sus dos manos ceniza mezclada en polvo y la esparció en su blanca cabeza, lanzando profundos suspiros. El corazón de Ulises

se conmovió: una picazón acre irritó sus narices al contemplar á su querido padre: corrió á sus brazos, le besó tiernamente y le dijo: «Yo soy el mismo que tú buscas, padre mío, que he regresado á mi patria después de veinte años. Pero cesa de sollazar y de gemir y te diré (pues no hay tiempo que perder) que he muerto á los pretendientes que asediaban nuestro palacio en castigo de sus deplorables ultrajes y de sus malas acciones.» Laerte tomando la palabra le dijo: «Si eres Ulises, si eres mi hijo, de regreso á Itaca, dame una señal evidente para convencerme de ello.» El ingenioso Ulises le contestó: «Miren desde luego tus ojos, la cicatriz de la herida que en el Parnaso me infirió con su blanco colmillo un jabalí, cuando me enviasteis tú y mi venerable madre á casa de Autolico, el querido padre de mi madre, para recibir los regalos que me había ofrecido, cuando estuvo aquí. Yo te diré también, si lo lo deseas, los árboles de este fértil vergel que me dabas en mi infancia, un día que te había seguido al jardín y te los pedía uno tras otro. Marchábamos á través de las calles de árboles que indicabas por sus nombres. Me distes trece perales, diez manzanos, cuarenta higueras: ofreciste darme cincuenta hileras de cepo, cuyos claros estaban sembrados de trigo y cuyos racimos de uva se multiplicaban cuando las estaciones enviadas por Júpiter, las habían fecundado». Esto dijo, y Laerte sintió desfallecerle el corazón y las rodillas, reconociendo las evidentes señales que le había dado Ulises. Enlazó sus brazos alrededor de su hijo querido, y el paciente y divino Ulises, oprimió contra su seno al desfallecido anciano.

Después, cuando un tanto calmada su alma, recobró el sentimiento, tomó de nuevo la palabra exclamando: «Gran Júpiter! aun hay dioses en el vasto Olimpo, si es verdad que culpables pretendientes han espiado su insolencia! Ahora me asalta en el fondo del corazón, el temor de que todos los itacos lleguen pronto aquí y envíen mensajes á todas las ciudades de

los cefalonios». «Tranquilízate, repuso el ingenioso Ulises, y que estas ideas no preocupen tu imaginación. Pero vamos á la casa que está situada junto al jardín: allí he enviado anticipadamente á Telémaco con el boyero y el porquerizo, para que preparen la comida».

Y dicho esto, tomaron el camino de la hermosa vivienda. Cuando llegaron á aquella soberbia morada, encontraron á Telémaco y á los dos pastores ocupados en trinchar gran cantidad de carne y en mezclar el vino. Entre tanto la esclava siciliana bañó al magnánimo Laerte y le frotó con aceite: luego echó en sus espaldas un hermoso manto. Por su parte Minerva, habiéndose acercado, desarrolló los miembros del pastor de los pueblos y le revisó de una fuerza y robustez que antes no tenía. Cuando salió de la bañera, su hijo querido quedó admirado al verle completamente transformado y parecido á los dioses inmortales. Elevó la voz y le dirigió estas rápidas palabras: «Oh, padre mío, seguro es que alguno de los eternos dioses te ha comunicado ese porte y aire admirables». El prudente Laerte le respondió: «Pluguiese al cielo, gran Júpiter, y vosotros Minerva y Apolo, que tal como era cuando al frente de los cefalonios tomé la hermosa ciudad de Nerico, situada en la costa del continente, me hubiese hallado ayer en nuestro palacio, cubiertas las espaldas con mi armadura para rechazar á los fieros pretendientes! A más de uno hubiera derribado mi brazo, de lo que interiormente, se hubiera alegrado tu corazón». Estas fueron las palabras que cambiaron. Cuando los otros hubieron concluido su trabajo y preparado la comida, se sentaron todos con orden en sus bancos y asientos, poniéndose en seguida á comer. Muy pron-

to llegaron el viejo Dolio y sus hijos, rendidos de fatiga: la vieja siciliana, su madre que los había criado, había ido á buscarlos: cuidaba á Dolio con todo el esmero posible, desde que la vejez le apesadumbraba. Cuando estos vieron á Ulises y le hubieron reconocido, permanecieron en la sala inmóviles de estupor, pero Ulises les dijo con dulce acento: «Oh anciano, siéntate á la mesa y vuelve de tu admiración. Hace rato que estábamos deseosos de tomar algún aliento; pero permanecíamos en este aposento, aguardando por momentos vuestra llegada». A estas palabras, Dolio, tendiendo los brazos, fué derecho á Ulises, le tomó la mano por la muñeca y se la besó: dirigiéndole luego estas cariñosas palabras: «Querido amo, ya que contra lo que esperábamos se han colmado los más ardientes deseos con tu regreso, que los dioses mismos te han preparado, que la salud y la alegría te acompañen y que los Inmortales te hagan prosperar! Pero háblame sinceramente para que sepa á que atenerme: sabe ya la prudente Penélope tu regreso á Itaca, ó debemos enviarle un mensaje?» «Oh anciano, contestó Ulises, ya está enterada de todo; pero á qué inquietarse por esto?» Así dijo, y Dolio se colocó en un asiento bien trabajado. Sus hijos rodearon igualmente al glorioso Ulises, dirigiéndole frases amistosas y le tomaron las manos, sentándose después por orden, tras de Dolio su padre. De este modo se ocupaban de la comida en la casa de Laerte.

Un Juicio

El reconocimiento de Ulises y de Penélope es acaso una de las más hermosas concepciones del genio antiguo. Penélope sentada en silencio; Ulises inmóvil al pié de una columna; Telémaco acusando de tibieza á su madre; la escena iluminada por la dudosa luz del hogar; hé aquí un cuadro formado como de intento para un pintor, cuadro en que la grandeza iguala á la sencillez de la composición. Mas cómo se verificará el reconocimiento? Por medio del recuerdo de una circunstancia relativa al lecho nupcial. Y es una nueva belleza ese lecho obra de la mano de un rey, colocado á la sombra de un olivo, árbol de paz y de sabiduría, digno por cierto de cobijar el tálamo «no visitado por otro hombre que por Ulises». Los arranques de júbilo que siguen al reconocimiento de estos esposos; el tierno símil de una viuda que vuelve a hallar á su consorte, con un marinero que descubre la tierra en el momento del naufragio; la feliz pareja conducida al resplandor de una antorcha al aposento teatro de su amor; los placeres de éste seguidos de las alegrías de dolor, ó del mutuo relato de las pasadas zozobras; la doble delicia de la felicidad presente y de los contratiempos que el porvenir anuncia; el sueño que acude á cerrar gradualmente los párpados y los labios de Ulises, mientras narra sus aventuras á Penélope, que atenta le escucha, son otros tantos peregrinos rasgos del gran maestro, rasgos que nunca serán suficientemente admirados.

CONTENIDO

	<u>Pág.</u>
<i>Homero</i>	1
<i>Ulises y la Princesa Nausica</i>	2
<i>Polifemo</i>	19
<i>Ulises desciende á los infiernos</i>	30
<i>La recepción del porquerizo Eumeo</i>	33
<i>Reconocimiento de Ulises y Telémaco</i>	39
<i>Argos reconoce á su amo</i>	44
<i>Reconocimiento de Ulises y Penélope</i>	46
<i>Reconocimiento de Ulises y Laerte</i>	52
<i>Un juicio</i>	59

PROXIMAMENTE

Poetas Escogidas, de Carducci.

Vida y doctrinas de Carlos Darwin.

Episodios escogidos de la Iliada de Homero.

Id. Id. de la *Eneida* de Virgilio.

Id. Id. del *Quijote* de Cervantes.

Id. Id. de la *Divina Comedia* de Dante.

La organización de los actuales estados de Occidente, de Tolstoy.

Páginas de literatura servo-rumana-croata, de varios.

LOS SUSCRITORES

que piensan cambiar de residencia durante los meses de verano, tengan la bondad de avisarlo, á fin de que no se interrumpa la distribución de los números que corresponden á enero y febrero próximos.

A LOS AGENTES

En adelante cada número de la *COLECCIÓN ARIEL* valdrá 10 céntimos, ya se venda aislado ó ya en series. De acuerdo con esto, los nuevos precios serán:

Número suelto	¢ 0.10
Serie de 5 números.	0.50
Serie de 10 números	1.00

El abono se hace adelantado.

EL EDITOR

Enseñanza de Lenguas

por medio de

“FONOGRAMAS CORTINA”

«El hombre vale tantas veces
como idiomas habla.»

Emperador Carlos I



De venta en

La Sociedad Librera de Costa Rica

FONT y Cía.